

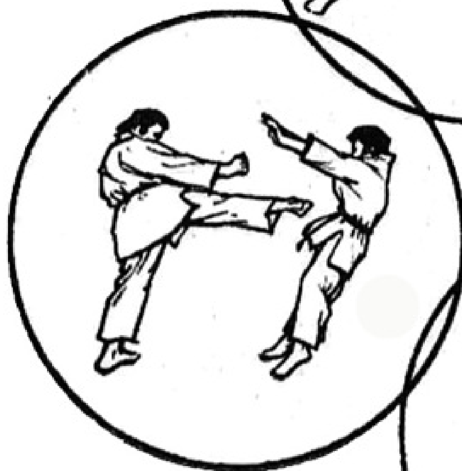
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

EL ÍDOLO QUE VIVE







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. — *La caí ata,* Clark Carrados

2. — *El jardín de los suicidas,* Curtís Garland

3. — *El dólar lo puede todo,* Ralph Barby

4. — *El vuelo del águila,* Lou Carrigan

60. **—.** *Asustados como conejos,* Ralph Barbv

CURTIS GARLAND

EL ÍDOLO QUE VIVE

Colección ¡KIAI! n. 61

Publicación semanal

¡KiAi!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4-
Depósito legal: 6. 46.988 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

I.» edición: febrero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la sala DE JUDO SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Braguero, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

Capítulo Primero

LA PAGODA AZUL

—Hemos llegado, señores. Ahí está.

Toung Penh, al tiempo que hablaba así, alzaba su flaco brazo amarillento, arrugado como un pergamino, para señalar el lugar indicado por sus palabras.

El lugar que todos ellos habían esperado ver durante tanto tiempo; aquel por el que habían hecho tan largo y duro viaje a través de la jungla thailandesa, siempre con una cierta desconfianza en que su esfuerzo resultase fructífero.

Pero ahora comprendían que el deseado fin de su viaje, la meta de su expedición, era algo más que un simple mito o una leyenda. El lugar existía, aunque quizá todo lo otro sí fuese simple fantasía de las mentes orientales, tan dadas a imaginar cosas. Pero aun así, hubiera valido la pena todo: el esfuerzo, el dinero y el tiempo invertidos en aquel viaje hacia el interior de Thailandia.

—Es maravilloso —comentó, absorto, el profesor Alexis McKeenan—. Lo más bello que jamás vi. Y he visto muchas cosas en mi vida, pueden creerme.

—Casi parece arrancado de un cuento de hadas —con firmó perpleja y maravillada, la joven Karin Wallace, sin poder separar sus ojos de aquello que su viejo guía les señalara, y que parecía, con su resplandor bajo el sol, atraer sus pupilas y mantenerlas fijas, hipnotizadas, incapaces de apartarse de aquel prodigio oculto en la espesura verde, frondosa, tropical.

—Pero no es un cuento de hadas, Karin —suspiró el profesor—. Es toda una realidad. Una portentosa y bellísima realidad.

—Sólo están viendo el exterior —habló Toung Penh con voz grave—. Falta que contemplen lo mejor de todo.

—¿El interior del templo? —se interesó ella, volviendo los ojos hacia el anciano de descarnada faz y ojos ardientes.

—El interior, sí —asintió su guía—. Y lo que en él se encuentra...

Karin Wallace pestañeó, fascinada. Si el exterior era así, ¿qué podía encontrarse en el interior de aquella maravillosa obra de la antigua arquitectura oriental?

Los ojos de todos se fijaban, como hipnotizados, en la estructura casi mágica que contemplaban en el claro situado en pleno corazón de las selvas thailandesas, muy lejos de las carreteras y senderos frecuentados. Un lugar, al parecer, muy alejado de los núcleos habitados, e incluso del conocimiento de las gentes.

—Ved... —musitó el profesor Keenan, con voz susurrante, como anonadado por lo que contemplaban sus pupilas—. Ved esos reflejos del sol en la cúpula... Ved los relieves, las esculturas, el acceso al templo...

Todos asintieron. Todos veían lo mismo que él. Y no se trataba de ninguna alucinación colectiva. La maravilla, el prodigio, estaba allí, material, corpóreo, al alcance de todos.

Ciertamente, el sol daba una peculiar belleza a la cúpula azul como si ésta, en vez de piedra azulada, estuviese compuesta por millones de zafiros deslumbrantes. Tal era la vivacidad con que los rayos solares se estrellaban y eran reflejados por las curvas de aquella cúpula portentosa, remate digno de todo el templo azul.

Porque azul era la piedra, azules intensos los tonos de esculturas y bajorrelieves, azul turquesa todo lo que sus ojos descubrían en aquella edificación casi mítica.

—La pagoda más bella jamás conocida... —musitó Toung Penh, con tono reverente—. Vamos, señores, podemos entrar, mientras el sol brilla sobre nuestras cabezas.

—¿Por qué, precisamente, mientras haya sol? —quiso saber Karin Wallace.

—Poique de otro modo desencadenaríamos la maldición de los dioses, y nadie sabe lo que podría suceder —manifestó el anciano guía nativo—. Está escrito que así sucedería, si alguien osara pisar el interior de ese templo cuando la luna y las estrellas brillan en el cielo. La noche es para el reposo del hombre, y para la paz de los dioses y de sus imágenes.

--Nunca oí hablar nada así entre los budistas —manifestó otro miembro de la expedición, con tono algo despectivo y bastante escéptico.

—Es que el templo de Assar no fue nunca budista —replicó Toung Penh con dignidad.

—Pero Thailandia es un país de religión budista... —objetó Karin, desorientada.

—Lo es. Pero ¿qué fue en lejanos tiempos, qué razas y religiones se asentaron sobre estas tierras, qué pueblos lucharon contra el budismo y el monoteísmo, encerrándose en ocultas regiones de la selva para preservar a sus ídolos, a sus creencias politeístas, de la amenaza de una religión oficial? Eso es una historia que poca gente conoce, incluso en Thailandia. Dioses de toda naturaleza fueron adorados en los viejos templos ocultos. El Ídolo Azul fue uno de ellos.

—¿El... Ídolo Azul? —repitió McKeenan, arrugando el ceño—. Oí hablar algo de él, pero nunca creí que existiera realmente.

—Existe, profesor —dijo altivamente el viejo guía. Señaló con su sarmentoso dedo a la edificación azul—. Y está ahí. Es la reproducción, en piedra azul, del antiguo Dios de la Muerte y la Destrucción, el mítico Assar Thanakhek.

—Assar Thanakhek... —asintió el profesor pensativo—. También oí hablar de él. Un dios maldito, según dicen algunos historiadores...

—Eso es. Un dios maldito, sobre todo cuando se turba su reposo sagrado. Son leyendas, claro. Yo, como budista, no puedo creer en ellas. Pero las respeto, porque sé que otros, tan dignos de ser respetados como yo, creen y las aceptan. Sólo una vez en mi vida vi al dios Thanakhek, y me prometí a mí mismo no verlo más, porque su visión no me trajo sino desgracias e infortunios. Pero entonces era joven. Ahora soy viejo, y no me importan ya demasiado los males que puedan caer sobre mí. Necesito dinero, y usted, profesor, me paga bien por guiarles hasta aquí. Lo que a partir de ahora me suceda... no tendrá gran importancia para un hombre enfermo y envejecido como yo. Sólo espero que mis familiares, al menos, puedan comer arroz durante varios años, gracias al dinero que yo gane con esta tarea.

—¿Sólo con eso se conforma? —preguntó otro de los miembros de la expedición.

—Sólo con eso, sí —asintió Toung Penh con una triste sonrisa en sus delgados labios—. ¿Le sorprende?

—Un poco —admitió el expedicionario, pensativo, y evidentemente impresionado—. La vida humana vale más que unos puñados de arroz...

—Eso será en su país, no aquí —se encogió de hombros el anciano guía. Luego echó a andar hacia el templo azul—. Ahora entremos. Sé que les fascinará el interior de ese templo. Sobre todo, el Idolo Azul. El sol está ya muy bajo. Conviene salir de ahí cuando aún no sea de noche...

—Sí, vamos —asintió el profesor McKeenan, aunque por su expresión era evidente que no prestaba el menor crédito a las supersticiones del viejo thailandés—. Karin, por favor, venga conmigo. ¿Necesita ayuda...?

—No, profesor, gracias —rechazó ella vivamente con una sonrisa—. Puedo caminar sola, pese a lo alto de la vegetación. Estoy deseando ver ese ídolo, créame.

—La creo. Después de todo, usted ya sabía que existía en alguna parte de Thailandia... Esto confirma que la carta de su padre dijo la verdad...

—Mi padre... —suspiró Karin Wallace, nublándosele la mirada un momento. Con evidente tristeza, bajó los ojos—. Sí, él siempre dijo la verdad. Incluso en su última carta... El templo existe. Por lo tanto, existe todo lo demás...

—Pero no la maldición —comentó McKeenan en voz baja.

—Eso... ¿quién puede saberlo? —suspiró la joven—. Cuando menos, aquélla fue la última carta. Nunca más volví a saber de mi padre. Y el

Gobierno thailandés, tampoco. Ni siquiera las autoridades militares norteamericanas con base en este país... Desapareció, quizá para siempre. Si eso no es una maldición...

—No sufra, Karin —la confortó el profesor—. Sabe por qué hemos organizado esta expedición. En parte, para dar con el fabuloso Templo Azul. Y en parte, para encontrar el paradero de su padre, el doctor Maxwell Wallace.

—Una cosa, la hemos encontrado ya —dijo tristemente la joven, mientras los componentes de la expedición, con el viejo Toung Penh al frente, se adentraban en la altísima espesura que rodeaba al templo, cubriéndoles hasta la cintura con cañaverales y altas hierbas, en dirección al templo de radiante piedra azul, que centelleaba bajo el dorado sol de Oriente, allá en medio de aquel ignorado claro.

Poco después, sus pies pisaban las gastadas piedras azules de la entrada, protegidas por dragones de lapislázuli y espantosas máscaras talladas en la piedra, que representaban los dioses protectores del acceso al sagrado recinto prohibido.

Atrás quedaban los abundantes y frondosos *jatis* y *ghetas* (1), formando los límites de la selva cálida, húmeda e intrincada, por donde llegaran al lugar increíble.

Había una pesada puerta, adornada también con dragones de bronce, pero por fortuna para ellos, la humedad, el tiempo y la intemperie, habían dejado medio putrefacta la madera de *jati,* pese a su dureza natural, y cedió a los empellones de los expedicionarios, desgajándose en torno a los oxidados goznes, y permitiéndoles el acceso al oscuro, húmedo, maloliente interior del olvidado templo donde, quizá, no entraba nadie durante siglos, con la sola excepción del único hombre que les había puesto a todos en la pista del fantástico hallazgo arquitectónico y arqueológico: el padre de Karin, el doctor Maxwell, médico y biólogo de las fuerzas norteamericanas de asesoramiento militar incorporadas al ejército de Thailandia, para combatir en guerrillas y cuerpos organizados las incursiones de las fuerzas comunistas desde Camboya o Laos.

(1) Especies de árboles del Sudeste asiático, muy abundantes en Thailandia, Laos. Camboya *y* Viertnam.

Desde que en octubre de 1976 triunfara el movimiento militar de la ultraderecha, Thailandia se veía cada ve, más hostigada por sus vecinos de política opuesta pero también el entrenamiento y puesta a punto de las fuerzas thailandesas se había visto incrementado con ayuda de los asesores militares norteamericanos. El doctor Wallace, capitán médico de uno de esos cuadros asesores para la defensa de las fronteras del país y para la lucha contra las epidemias tropicales, tan peligrosas como los guerrilleros comunistas de los vecinos países, era una de las personas que más habían luchado para erradicar enfermedades del trópico. Hasta que un día, misteriosamente, desapareció sin

dejar **i** astro.

Ahora, Karin Wallace, con la ayuda de una expedición científica, buscaba la pista de su padre. No desfallecía, pero el hecho de que el propio Gobierno de Bangkok y las autoridades militares norteamericanas colaboradoras con el país, no hubiesen podido hallar el menor rastro del doctor, no podía por menos de hacerla sentir con muy pocas esperanzas de éxito en su búsqueda.

De todos modos, algo era cierto ya. Su padre, poco antes de desaparecer, había hallado un mítico templo, una llamada Pagoda Azul de Assar, de la que nadie tenía noticia en Thailandia ni en los Estados Unidos.

Y ella había encontrado ya esa pagoda. Ahora, al cruzar su umbral y cubrir su nariz para no aspirar el fuerte hedor a humedad y abandono, una rara emoción la embargó.

Supo que iba a ver la misma maravilla que viera su padre meses atrás, cuando desapareció en el interior de Thailandia. El Ídolo Azul que mencionaba el anciano Toung Penh.

Cuando las lámparas eléctricas de los expedicionarios se encendieron, proyectando sus haces de blanquísima luz en un entretejido de claridad deslumbrante, hacia el centro del misterioso templo, una común exclamación de asombro, de admiración suprema.

—¡El Ídolo Azul! —exclamó alguien, con tono fervoroso, como pudo producir en los antiguos la contemplación de una de las maravillas del mundo —. ¡Miradlo!

No hacía falta invitar a ello a ninguno de los expedicionarios. Todos contemplaron, deslumbrados, aquella bella e impresionante figura de grandiosidad inconcebible.

El temible dios de la Muerte y la Destrucción, el siniestro Assar Thanakhek, estaba allí, ante ellos, sobre una enorme piedra azul, rodeada de viejos pebeteros polvorientos, tan azules como la propia imagen.

* * *

Durante unos momentos, el silencio más absoluto reinó en el recinto religioso de la selva. Todos los presentes contemplaban con una mezcla de asombro y respeto aquella gigantesca imagen tallada en piedra azul, sobre soporte de igual material y color, en aquel viejo templo ignorado por la mayoría de los humanos

Viejas leyendas, míticos conceptos religiosos que rozaban la superstición y el fanatismo, parecían estar presentes allí, como algo vivo y tangible, rodeando a la estatua de la divinidad o, tal vez, formando parte de ella misma, de su magnética y maligna personalidad.

— Es... es increíble... —susurró el profesor Alexis McKeenan, dando unos lentos pasos en dirección a la gran figura de la deidad de la Muerte y de la Destrucción, como si estuviese realmente impresionado, pese a que toda su vida había transcurrido en los más apartados rincones del mundo, entre

hallazgos arqueológicos y arquitectónicos de siglos y siglos de historia.

Pero tal vez aquello fuese diferente. Es posible que allí, ante él, hubiera una representación del milenario arte oriental, al servicio de una idea esotérica, misteriosa y profunda, como lo eran siempre las creencias de los orientales.

—Nunca vi nada parecido —musitó Karin Wallace, estupefacta.

—Ni yo —admitió el profesor McKeenan, absorto aún en la contemplación del ídolo gigantesco, rodeado de pebeteros que, tal vez, nadie había encendido ya en cientos de años. Se volvió hacia el flaco, apergaminado guía, el hermético Toung Penh, y le preguntó con voz alterada—: ¿Es cierto que las leyendas sobre el dios Assar son todas relativas a sus lados negativos, a su poder maléfico?

—Muy cierto, profesor —asintió el nativo—. Absolutamente todo lo que de él se cuenta, es siniestro y destructor. Por ello es el dios de la Muerte y la Destrucción, y como a tal se le ha venerado siempre. Para que su furia no alcance a los que en él creen, éstos le hacían ofrendas y hasta llegaban a sacrificios humanos. Así pensaban ellos, la cólera del dios se calmaba, y la maldición no se cumpliría jamás.

—¿La... maldición? —el profesor enarcó las cejas, con escepticismo—. ¿Es que también existe una presunta maldición relacionada con esta divinidad?

—¿Si existe? —solemne, el thailandés se aproximó al enorme bloque de piedra que formaba el soporte del gigantesco ídolo de más de tres metros de altura, y señaló algo que aparecía inscrito en aquel pedestal azul—. Vea esto, profesor. Si usted puede leer el viejo lenguaje malayo y thailandés, entenderá fácilmente lo que aquí dice.

McKeenan, con el escepticismo propio del hombre deciencia occidental que se encara a mitos religiosos orientales, se aproximó al pedestal de piedra sobre el que aquel colosal ídolo desnudo, de cuerpo azul, de pétreos músculos, de rostro monstruoso y deforme, con terrible mirada desorbitada y calvo cráneo provisto de un moño en su nuca, parecía reposar en un estado de eterno trance, pero vigilando, desde la dimensión oscura de su inexistencia a todos cuantos profanaban la paz de su templo.

Lentamente, la voz de McKeenan se elevó en el silencio, resonando en los muros desnudos y pareciendo perderse hacia las alturas en la cavidad de la alta bóveda. Sus compañeros le escucharon como fascinados, en una especie de tenso mutismo, mientras las luces de sus lámparas bailoteaban, describiendo trazos de luz y sombra en aquellas paredes de piedra, en una especie de danza misteriosa de seres invisibles.

—«El dios Assar Thanakhek, Señor de la Muerte y la Destrucción — comenzó leyendo con voz sorda el científico—, permanecerá inmóvil y dormido mientras su pueblo y su gente permanezcan sometidos a la influencia de pueblos e ideas extrañas. Mientras su pueblo calle y se humille, el dios dormirá. Pero un día, cuando alguien profane su eterno reposo, cuando la luna brille y los hombres codiciosos busquen en él la riqueza inmensa que él

conserva y de la que es guardián fiel, ese día de la profanación, el dios Assar se levantará de su pedestal y, vuelto a vivir, aplastará con su poderoso pie a todo extraño y a todo traidor, llevando luego a su pueblo a la guerra, a la sangre, a la violencia, pero también a la victoria sobre los que han sojuzgado siempre a los pueblos de Asia. Así está escrito, y así ha de suceder.»

Siguió un silencio, mientras los demás componentes de la expedición se aproximaban intrigados hasta el pedestal, en el que había leído el profesor McKeenanel bajorrelieve ton la extraña inscripción. Los caracteres estaban medio borrados por el tiempo, y sólo los amplios conocimientos que de las lenguas asiáticas poseía el científico, le habían permitido leer con suma facilidad el extraño mensaje tallado en la piedra.

—Es una amenaza absurda —apuntó un joven investigador, encogiéndose de hombros—. Se trata solamente de un ídolo de piedra, como tantos otros. No puede cobrar vida ni hacer nada a los seres humanos.

—Es lo que opino yo —añadió otro miembro del grupo, con claro escepticismo—. Asia toda está llena de leyendas así. También hubo quien creyó, durante siglos, que cuando fuese hallada la tumba de Gengis Khan, todo el continente asiático estallaría en guerra santa contra Occidente. Y eso jamás sucedió.

—Yo no me burlaría de la inscripción —dijo solemnemente Toung Penh —. Hay cosas que nadie conoce ni nadie puede entender. Este es un mundo extraño, del que ustedes apenas entienden nada. Yo creo en ello. V, pese a todo, les he traído aquí, despertando, quizá, las iras del dios Assar.

—¿Usted cree en eso, Toung Penh? —se sorprendió McKeenan, volviéndose hacia él.

—¿Por qué no? —los ojos del thailandés le miraron, enigmáticos. He visto cosas más extrañas en mi larga vida, profesor.

—Si es así, ¿por qué desafía la maldición? Recuerde que amenaza por igual a «extraños y traidores»...

—Lo sé —sonrió amargamente el guía nativo—. Pero soy viejo. He vivido suficiente ya. Si el dios piensa que merezco el castigo, que éste se cumpla sobre mí. Yo no quisiera ver a mi pueblo en guerra, pero ésta existe desde hace siglos. Entre nosotros, o contra los occidentales. Aquí, en Laos, en Camboya, en Vietnam... Todo el mundo asiático, desde China hasta el Japón, han vivido en constantes guerras. Ya no puede asustarme la amenaza de otra. Ni tampoco me asusta que amenacen mi propia vida. Creo que si la Ciencia tiene derecho a conocer estas maravillas del arte y de la religión de nuestro pueblo, hago un gran bien a la cultura universal, y pienso a la vez que, si ha de suceder algo irremediable, si este dios furioso ha de tomar vida y levantarse contra todos... ello ocurrirá, sea ahora o sea en el futuro. Cuanto antes ocurra, tanto mejor. Si no sucede, se probará que la maldición no existe ni existió jamás. Es una pugna entre Ciencia y superstición, entre el conocimiento humano y los prejuicios, tal vez. Veamos quién vence al fin, profesor.

—Me admira usted, amigo mío —suspiró el profesor McKeenan—. Es

como si, por su propia boca, hablase la sabiduría milenaria de Oriente. De un mundo asiático que no quiere la guerra, pero tampoco la ignorancia ni el ocultismo, como remedio a sus males. Personalmente, creo que este ídolo jamás podrá cobrar vida. Pero me asusta más la fe ciega, el fanatismo de quienes así lo creen. Porque ésos sí que me preocupan y mucho. Ahora, amigos míos, vamos afuera. Ya oyeron el mensaje grabado ahí. La maldición podría hacerse resudad en una noche de luna, si intentamos profanar este templo.

—Y buscar las riquezas ocultas —apuntó, con tono sagaz, uno de los miembros del grupo—. No olvide eso, profesor.

—No lo olvido, Reeves —miró, ceñudo, al que había hablado—. ¿Qué quiere decir con eso, exactamente?

—Justo lo que he dicho —rió el llamado Reeves. En sus ojos hubo un destello de astucia; quizá de codicia también—. Parece ser que en algún lugar de este templo, puede *haber* riquezas. Un tesoro, quizá.

—No vinimos a buscar tesoros, sino la existencia de una pagoda azul, Reeves —le reprochó secamente McKeenan—. Y también el rastro de un hombre desaparecido, el padre de Karin Wallace. Eso fue todo. Si realmente hay aquí un tesoro, ése pertenecería, en todo caso, al Gobierno y al pueblo de Thailandia. Es todo**.** Vamos ya de aquí. Acamparemos cerca y mañana, con las primeras luces del día, visitaremos de nuevo el<recinto, tratando de hallar nuevas aportaciones a la ciencia. Haremos una filmación de todo el templo **y** de su ídolo, utilizando luz artificial adecuada. Pero ya es tarde para montar toda la instalación. Prepararemos el campamento, señores.

En silencio, algunos con gran alivio, otros con cierto disgusto, fueron saliendo del templo del dios Assar, cuando ya el sol declinaba con rapidez hacia el Oeste y un húmedo airé fresco se agitaba entre la espesura, haciendo emitir mil sonidos a plantas y aves.

La última en salir fue Karin Wallace, que contempló, desde la puerta, la espantable figura del gigante azul, como si aquella faz amenazadora y cruel pudiera revelarle el destino actual de su padre. Pero algo, en el modo en que brillaron aquellos ojos de lapislázuli, al rebotar en ellos la luz de su linterna, la hizo estremecer, con repentino terror, y se apresuró a alejarse, uniéndose al grupo expedicionario.

Capítulo II

MITO VIVIENTE

Las fogatas ardían vivamente en el claro de la selva, lejos de la frondosidad donde hubiesen podido significar un peligro cierto para la jungla. Había que tener cuidado con cualquier chispa o pavesa. Un incendio, en aquella zona selvática, sería un verdadero desastre de proporciones incalculables.

Los expedicionarios formaban corro en torno a ellas *y* habían terminado ya una cena frugal, consistente en conservas, café y pastas azucaradas. Se había conversado acerca del misterioso y bello templo azul y varios de los expedicionarios trabajaban ya en el montaje del grupo eléctrico y los focos para la instalación del día siguiente, que permitiera fotografiar y filmar dentro de la pagoda, en óptimas condiciones.

El profesor hacía una serie de anotaciones en su agenda, Kerin Wallace se había incorporado y paseaba, pensativa, por el claro, pensando quizá en los posibles resultados de aquel viaje, en la búsqueda de su desaparecido padre, que seguía siendo un perfecto enigma, aun después de visitar el mismo templo que él visitara poco antes de desaparecer sin dejar rastro, conforme ella había sabido a través de su última misiva.

Reeves, fumando pensativo en una pipa de espuma, contemplaba la sombra de la pagoda, allá ante ellos, a no más de doscientas yardas de distancia, como si estuviera dando vueltas en su cabeza a una idea fija y obsesiva, de la que no quería hacer partícipe a nadie.

—Dormiremos de la forma habitual, montando guardias durante toda la noche. Y el que vigile, deberá tener en cuenta varias cosas. Entre ellas, que la llama de las fogatas no se extinga en ningún momento ni deje de alumbrar el claro. El peligro más cierto, es además el que más invisible resultaría para todos nosotros en esta región.

—¿Peligro? —indagó un miembro del grupo—. ¿Qué clase de peligro, profesor?

—El profesor se refiere a los kutus —dijo gravemente el guía, Toung Penh.

—¿Kutus? —repitió el que hablara—. ¿Qué es esto?

—Una especie de escarabajos propios de esta región. Pero los kutus, que abundan en las junglas de Vietnam y de Thailandia, tienen una peculiaridad muy desagradable para nosotros: les gusta la carne humana. Acostumbran devorar los cadáveres que encuentran. Pero tampoco vacilan en atacar a los que duermen.

—Cielos... —se estremeció el curioso—. Vaya escarabajos más simpáticos...

—En cambio, los kumbangs, si no van en grandes grupos, no suelen ser peligrosos, pese a su tamaño —añadió el thailandés.

—¿Ha dicho usted... kumbangs? —refunfuñó el expedicionario—. ¿Qué clase de bichos son ésos?

—Cucarachas, Tan grandes como ratas —suspiró el nativo, sentándose, imperturbable, ante el fuego—. Los guerrilleros han destruido muchas de ellas, pero aún quedan suficientes por las selvas, como para asustar a quienes rio las han visto antes (1).

—¡Cielos, qué paraíso es este país! —se lamentó el expedicionario, mirando aprensivamente hacia el cerco de sombras que les rodeaba, más allá del claro alumbrado por las fogatas. La luna, aunque brillaba en el cielo, quedaba aún muy tapada por la selva, aunque poco a poco iba cayendo su pálida luz sobre la cúpula de la pagoda azul, que centelleó como si fuese un gran zafiro.El efecto era fascinante.

—Bien, empecemos ya las guardias —dijo McKeenan—. Yo haré la primera. Usted, Reeves, la segunda. Y ustedes, las siguientes, del siguiente modo, relevándonos cada hora y media...

Reeves se limitó a asentir y consultar fugazmente su reloj de pulsera. Eran las ocho y media de la noche. A las diez empezaría su guardia...

Sonrió para sí, maliciosamente, y no dijo nada. Pero sus ojos, tan azules como las piedras del templo, brillaron fijos en éstas, contemplando el paulatino ascenso de la luna sobre la jungla, que iba revelando con creciente nitidez la estructura de piedra azul.

* * *

Reeves dio otro paseo arriba y abajo, sosteniendo entre sus manos el rifle. La pipa estaba apagada, aunque lasostenía entre sus dientes. Todos dormían profundamente envueltos en sus mantas, alrededor de las fogatas, que seguían ardiendo alegremente aunque algo amortiguadas. Por el momento, no se había visto el menor rastro de los gigantescos y peligrosos insectos de las junglas del Sudeste asiático.

Reeves miró su reloj de nuevo. Ya eran las diez y media. Disponía de una hora más de turno de vigilancia, antes de llamar a su relevó. Quizá tuviese tiempo sobrado. A fin de cuentas, la vigilancia no era imprescindible en el campamento, pensó para sí. No había peligro alguno a la vista.

Tomó la decisión. Tenía que hacerlo cuanto antes. Y lo hizo.

Se empezó a alejar con paso cauteloso del claro y de sus compañeros de expedición. Lentamente, se hundió en la zona de sombras, en dirección a la pagoda azul.

Fue tan sigilosa su maniobra que nadie, absolutamente nadie, se percató de ella en el claro, donde todos dormían de Horma apacible, tras la larga y

fatigosa jornada anterior y a la espera de otra quizá no menos agitada.

Reeves, finalmente, alcanzó la entrada del templo azul.

(1) Tanto estos detalles sobre kutus y kumbangs de las selvas del Sudeste asiático, como los que se expongan más adelante en la obra, sobre peculiaridades del país, son absolutamente ciertos, aunque no pueda parecerlo. (NI. del A.)

Una última mirada hacia atrás, le reveló que todo seguía igual en el campamento, de modo que sonrió aliviado y se adentró resueltamente en el templo. Una lámpara en su mano izquierda, el rifle en la derecha. Cuando estuvo dentro, en la oscura cámara religiosa, encendió la luz y proyectó el haz sobre la figura de piedra azul.

Una exclamación de profundo asombro, de incredulidad total, escapó roncamente de su garganta. Fue tal su sorpresa, que la lámpara escapó de sus manos, golpeando el suelo de piedras polvorientas y proyectando inútilmente su luz contra un rincón de la cámara y un viejo pebetero.

¡El pedestal estaba vacío!

No se veía el menor rastro de la gran estatua azul.

* * *

El grito agudo, terrible, rasgó la noche con pavorosos ecos.

Fue como una nota estridente, desgarrada y cruel, que provocó el terror en el campamento, y hasta hizo agitar, en la profundidad de la selva, mezcla de sombras misteriosas y plateada luz lunar, las alas de invisibles y dormidos pájaros.

El profesor McKeenan todos los demás, se incorporaron violentamente, tomando sus rifles y buscando el origen de aquel alarido casi inhumano. Los ojos del profesor buscaron en vano al vigilante nocturno.

—¡Reeves! —rugió—. ¡Reeves, por todos los diablos! ¿Dónde se ha metido?

Pero Reeves no contestó, ni dio señales de vida.

—Era Reeves. Era su voz. Podría jurarlo... —susurró Karin Wallace, muy pálida, saliendo de sus mantas.

—Y la voz vino *de allí* —sentenció a su vez Toung Penh, con voz sorda, señalando su flaco dedo huesudo hacia la distancia. Hacia la pagoda azul.

—¡Cielos, no! —sin saber la razón, Alexis McKeenan sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal, y se precipitó hacia la pagoda, seguido por todos los demás, en amedrentado grupo. Las llamadas de McKeenan fueron apremiantes, incluso airadas—: ¡Reeves! ¡Vuelva aquí! ¡Reeves, salga de ese templo, se lo ordeno!

Peio nadie salía del templo. Nadie respondía. Tras el grito de increíble terror, el más profundo e inquietante de los silencios reinaba en el selvático paraje.

Llegaron en pelotón ante la puerta. Karin Wallace instintivamente dio unos

pasos atrás, como si la presencia de las figuras de piedra en los escalones fuesen motivo suficiente para atemorizarla.

—Cuidado con lo que hace, profesor —avisó Toung Penh, solemne—. Yo no entraría ahí ahora. Recuerde ia maldición... La luna brilla...

—¡Al diablo con esas estúpidas supersticiones! —rugió McKeenan, furioso —. ¡Encontraré a Reeves, esté donde esté! ¡Síganme quienes no tengan miedo, y preparen el rifle para disparar sobre quien sea, humano o divino!

Dicho esto, entró en el recinto sagrado, seguido por todos sus hombres, con la excepción de Toung Penh, que vaciló, deteniéndose ante la puerta, y cayendo de rodillas, mientras de sus labios escapaban rezos ininteligibles, murmullos que Karin Wallace, la única persona aún fuera del recinto junto a él, no podía en modo alguno comprender.

El thailandés se volvió hacia ella y musitó con voz premonitoria:

—Señorita Wallace, usted no... No se arriesgue. No cometa esa locura. Huya, cuando aún es tiempo. Se lo ruego. Es la única forma de huir de la maldición. No entre, no pise estas piedras... ¡Escape, ahora que aún es tiempo! Presiento..., presiento algo horrible, una amenaza aterradora sobre todos nosotros... ¡Señorita Wallace, márchese, ocúltese en alguna parte, espere a que algo suceda...!

Karin vaciló. Pero había tal patetismo, tal expresión de angustia y de temor en aquella faz apergaminada, que sintióse invadida por un extraño pánico, por un miedo que no lograba comprender, pero que la empujaba hacia atrás, que la impulsaba a alejarse del bellísimo templo azul, ahora bañado totalmente por la luz de la luna, más azul que nunca, en la noche apacible de la jungla.

Y sin embargo, terriblemente ominoso, siniestramente amenazador para ella, para todos los que osaran desafiar el poder maléfico del dios de la Muerte y de la Destrucción.

Por ello se alejó, retrocedió, siguiendo las implorantes peticiones del anciano thailandés. Cuando estaba ya cerca de las fogatas, un múltiple alarido escapó del interior del templo. Karin, demudada, clavó los ojos en esa dirección.

Toung Penh seguía orando, de rodillas sobre los escalones, como entregado a una plegaria definitiva, ajeno a todo cuanto pudiera suceder en derredor suyo. Ni siquiera se inmutó cuando los gritos llegaron del interior, cuajados de pánico, de angustia, de un terror que no parecía de este mundo.

Dentro de la pagoda, resonaban extraños crujidos, parecía temblar la piedra, y Karin retrocedía, sintiendo helarse la sangre en sus venas, clavando fascinada los dilatados ojos en la puerta de la pagoda, en cuyo interior presentía que estaba ocurriendo algo espantoso. Algo que su mente no atinaba a descifrar.

Estaba ya más allá de las fogatas, junto a la espesura, cuando Toung Penh alzó su cráneo cadavérico hacia la alta puerta del templo, como esperando que por ésta surgiera lo que había de exterminarle, en justo castigo de sus dioses, por haber revelado la existencia del templo azul.

Y no se equivocó. De súbito, algo o alguien apareció en la puerta, se precipitó inexorablemente sobre ToungPenh.

Los cabellos de Karin se erizaron. Un grito horrible escapó de su garganta. Un pánico infrahumano la apresó, obligándola a huir, a hundirse en la espesura, sin dejar de emitir gritos terribles, virtualmente enloquecida, perdida su razón ante la visión alucinante, increíble, que le había dado presenciar.

Poco después, la noche de la jungla volvía a recobrar su silencio y su calma, en torno a la misteriosa pagoda azul.

En los escalones de acceso, el guía nativo Toung Penh, yacía sin vida, con el cráneo aplastado contra la piedra, el cuerpo triturado por una fuerza devastadora e increíble.

Dentro de la pagoda azul, la misma suerte habían corrido Reeves, el profesor McKeenan y los demás. De todos ellos, no quedaba otra cosa que cuerpos triturados, virtualmente aplastados contra el suelo, con las cabezas machacadas como si hubiesen sido simples frutos tropicales. La sangre lo empapaba todo.

Y los kutus, los voraces escarabajos de las junglas del Sudeste asiático, ya tendrían aquel día, y los siguientes, festín suficiente para saciar su apetito de carne humana.

Arriba, en su pedestal azul, de nuevo estaba la_ figura rígida, inmóvil y temible, del dios Assar, señor de la Muerte y la Destrucción. Su rostro cruel, diabólico, parecía más maligno que nunca. Pero también más complacido...

Capítulo III

LA PESADILLA DE KARIN

—He creído que debía usted saberlo, señor Cole. Por eso le cité hoy aquí.

Frank Cole contempló fijamente a su interlocutor. Pensativo, movió la cabeza y luego contempló el bello paisaje de la ciudad de Bangkok, desde las amplias oficinas situadas en el centro comercial de la ciudad.

—Sí, comisario —habló el joven y rubio norteamericano de alta estatura y figura atlética—. Su ayudante ya me habló de algo relacionado con una joven compatriota mía, internada en el Hospital Militar de Bangkok...

—Exactamente, en el Hospital Militar norteamericano, señor Cole —sonrió amablemente el comisario de policía de Bangkok, Chiang Hoa, inclinándose cortés ante su visitante—. Lleva allí varios días. El doctor Dennis Cushing no cree que haya experimentado mejoría alguna. Sigue diciendo incoherencias, delira con frecuencia, y no da señales de recuperar la razón.

—¿Entonces... está loca?

—Es una palabra demasiado fuerte, a juicio del doctor Cushing. Él es médico neurólogo y neurocirujano. No advierte lesiones cerebrales en esa joven, pero, eh cambio, está seguro de que ha sufrido un *shock* tan terrible que éste ha alterado el normal equilibrio de su mente. No es demencia, pero se le parece mucho. Y si no mejora, podría resultar irreversible, ¿comprende?

—Comprendo —suspiró Cole, pensativo. Miró al comisario thailandés—. ¿Y qué espera que pueda hacer yo en este caso, comisario?

—Aún no lo sé. Pero usted es compatriota suyo, y creo que conoció a su padre...

—¿El doctor Maxwell Wallace? —Frank Cole asintió con un lento movimiento de su rubia cabeza—. Es cierto, sí. Pero fue una relación fugaz. El doctor Wallace, además de médico y biólogo del Ejército, fue siempre un gran amante de las Artes Marciales. Recuerdo haber coincidido con él en Japón y en Hong Kong, en dos ocasiones. En ambos casos asistimos a los mismos dojos a practicar, y tuve el placer de tener con él un breve encuentro de karate. Pese a su edad madura, el doctor Wallace era un hombre sano, fuerte y hábil en la lucha oriental. Me causó una muy grata impresión, la verdad. Me habló de su hija, pero ella no le acompañaba en ninguna de ambas ocasiones, y no llegué por tanto, a conocerla personalmente, aunque sí por unas fotografías. Me pareció una joven muy atractiva.

—Lo es, señor Cole. Pero sus ojos están como vacíos de expresión, salvo cuando sufre las crises agudas y empieza a gritar, pronunciando palabras sin sentido y convirtiéndose entonces sus ojos en la más viva expresión de horror que jamás vi en ser humano alguno.

—¿Dónde la encontraron?

—Vagando por la jungla, cerca de los arrozales. Una familia de

campesinos la recogió en muy mal estado y avisaron a las autoridades. Una patrulla militar se hizo cargo de ella y la condujo de regreso a Bangkok.

—¿Había ido sola a la selva?

—No, señor Cole. Ahí está lo raro. Partió formando parte de la expedición de un científico amigo de su padre, el profesor Alexis McKeenan. Eran siete u ocho hombres con un guía nativo, un viejo conocedor de las selvas thailandesas, llamado Toung Penh. Ella buscaba el rastro de su padre y ellos un mítico templo azul del que nadie sabe gran cosa.

—¿Un templo azul?

—Sí. Se dice que está oculto en la jungla y en él se halla la estatua del Ídolo Azul. Es el dios Assar Thanakhek, señor de la Muerte y la Destrucción. Personalmente nunca he creído que existiera tal deidad ni lo que los fanáticos dicen sobre ella y su posible don de recobrar vida, pese a ser de piedra, para levantar a los pueblos orientales contra lo establecido. Simples leyendas de nuestras tierras, señor Cole.

—¿Y no ha aparecido rastro de ellos?

—Ninguno, en absoluto. Helicópteros del ejército y patrullas especializadas han recorrido las regiones adonde es posible llegar. No encontraron nada.

—Entiendo... —Cole se frotó el mentón, pensativo—, ¿Puedo ver a esa joven?

—Por supuesto. Para eso le llamé al hotel en donde se hospeda usted, apenas supe que había conocido al profesor Wallace. El coronel Masón, del Ejército de su país, que está como asesor de nuestras fuerzas en Thailandia, me habló de ello.

—Si hubiese conocido a esa joven, quizá todo sería más fácil —juzgó él pensativo—. No puedo garantizarle nada, comisario, pero... no dejaré de visitar a la infortunada Karin Wallace.

—Gracias. Puede venir conmigo. Le llevaré al hospital norteamericano.

* * *

Karin Wallace era realmente atractiva, pensó Frank Cole, contemplando la figura yacente en el lecho del hospital norteamericano de Bangkok.

Pero allí, postrada, sometida al efecto de los sedantes, parecía mucho más indefensa y débil de lo que pudiera ser en circunstancias normales, si bien ello no mermaba en nada su belleza suave, aquel rostro de óvalo perfecto, entre los cabellos color miel, y aquel cuerpo joven, que se adivinaba esbelto y bien formado, bajo las ropas que lo cubrían.

—Ahora descansa —dijo el doctor Cushing—, pero pronto pasará el efecto del sedante y tal vez pueda hablar con usted.

—No espere demasiado de mí, doctor... —suspiró Frank Cole—. No nos conocemos personalmente ella y yo, aunque sí conocí a su padre.

—Tal vez eso baste. En casos así nunca se puede estar seguro de nada...

—Doctor, ¿qué cree usted, concretamente, que ha podido provocar tan tremendo *shock* en la muchacha?

—No puedo saberlo. Lo cierto es que ella tampoco ayuda mucho. Dice cosas tan insensatas, tan incoherentes...

—¿Le importaría citarme alguna de ellas? —suspiró Cole, pensativo.

—Claro que no. Pero carecen de sentido, créame. En la última crisis, hablaba de su padre, cosa perfectamente natural, teniendo en cuenta que le obsesiona la idea de dar con él, de saber qué pudo sucederle, aunque sobre su destino final están bastante pesimistas en las Fuerzas Armadas. Luego, añadió otras palabras por completo incoherentes.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo... *el ídolo viviente...* Repitió eso varias veces. Luego habló de sangre, de cráneos aplastados..., de una maldición y una pagoda... De una *estatua, que mataba,* dicho así, exactamente... Y en ese momento, lanzaba un nuevo grito de terror y entraba en crisis, sacudida por espasmos, alucinada la expresión, balbuceando sonidos inarticulados que no significaban nada, para terminar en la inconsciencia que nos vemos obligados a provocarle con los sedantes.

—*Ídolo viviente... Sangre, cráneos aplastados..., maldición..., pagoda..., estatua que mataba...* —repitió Frank anotando mentalmente todos esos términos. Perplejo, movió la cabeza—. Ciertamente, no parecen tener mucho sentido. Al menos, para usted o para mí, doctor Cushing, pero ¿y para ella?

—Algo sucedió que afectó gravemente su razón. Cuando fue hallada era como una piltrafa humana y debía llevar así una semana larga, perdida en la jungla, hasta que, afortunadamente, fue a parar a los límites de unos campos de arroz, donde cuidaron de ella. Supongo que habla de cosas que recuerda vagamente, mezclándolas con lo sucedido. Eso es habitual en esta clase de pacientes.

—¿Cree que será preciso internarla?

—Si esto sigue, inevitablemente —asintió con pesadumbre el médico militar[1] norteamericano—. Pero aún no me doy por vencido. He llamado al doctor Arlen, psiquiatra y capitán de Sanidad del Ejército. El me ayudará en esta tarea, pero el trabajo será forzosamente difícil y lento, no se haga demasiadas esperanzas tampoco en eso, señor Cole.

—¿Puedo..., puedo esperar a que ella se recupere de los efectos del sedante, ahora, y tratar de hablar con ella, doctor Cushing?

—Por supuesto —sonrió el médico—. Estoy deseando que pueda hacerlo, a ver si reacciona de alguna forma positiva. De todos modos, deberá estar preparado para cualquier contingencia, no lo olvide.

—No lo olvidaré —suspiró Cole, que fue al teléfono y marcó un número, tras un asentimiento del doctor. Cuando alguien se puso al otro lado, pidió con la habitación 503 y apenas se hubo conectado con ella, habló con rapidez—: Lena, no me esperéis a comer. Tú y Kwan podéis hacerlo solos. Llegaré más tarde.

—¿Alguna novedad? —se inquietó la voz de la bella mulata, compañera suya en la vida y en la tarea común que, tiempo atrás, se adjudicaron a sí mismos los Tres Dragones de Oro, poniendo su inteligencia, su valor, su decisión, su desinterés y su altruismo de budokas, junto con su pericia increíble en la práctica de las Artes Marciales, al servicio del oprimido, del débil o del perseguido.

—Quizá. Aún es pronto para saberlo, pero una mujer necesita ayuda y estoy intentando prestársela, Lena.

—¡Una mujer! Ya me temía yo algo así... Frank Cole, eres un incorregible en ese sentido. ¿Es... bonita, claro?

—Muy bonita —sonrió Frank, ante el claro tono celoso de la voz de la joven—. Pero lo malo para ella es que está inconsciente en una cama del hospital, bajolos efectos de fuertes sedantes..., porque sufre un desequilibrio mental muy serio.

—¡Oh, lo siento...! —el tono fue ahora de disculpa—. Pensé que...

—Pensaste mal, una vez más —le reprendió Cole, suavemente—. ¿No te avergüenzas de ello?

—No. Va por las veces que acerté de lleno —refunfuñó ella, añadiendo, luego, con evidente interés—: ¿Qué le ocurre exactamente?

—Nadie lo sabe. La hallaron perdida en la jungla. Su padre ha desaparecido y era un viejo conocido mío. Algo terrible debió ocurrirle a ella allí, pero no sabemos lo que fue. Permaneced ahí. En cuanto se recupere, trataré de saber algo. Luego iré a reunirme con vosotros. Mientras espero, tomaré algo aquí, en la cafetería del hospital militar norteamericano. Hasta luego, amigos.

Colgó, volviéndose hacia el doctor Cushing, que consultó su reloj, asintiendo con la cabeza.

—Está bien, señor Cole. Vaya a la cafetería. Calculo que ella tardará aún algo más de media hora en volver en sí. Tiene tiempo de tomar algo, mientras tanto. Yo le avisaré si se recuperase antes, cosa que no creo, dada la potencia del sedante que tuvimos que inyectarle en la última crisis.

Cole asintió, ceñudo, abandonando la estancia. Poco después, por todo almuerzo, tomaba un emparedado y un café en los bajos del hospital, donde el personal norteamericano de las fuerzas militares adscritas al Ejército de Thailandia en calidad de asesores, se mezclaban con enfermeras y médicos nativos, e incluso con pacientes que no siempre eran americanos, sino a veces oficiales del propio Ejército de Thailandia, enviados allí para algún tratamiento especial.

Estaba apurando Cole su café, cuando el raro instinto que poseía para ciertas cosas, y que se había agudizado considerablemente en los últimos tiempos, con su dedicación plena a la tarea de ayudar a los demás, arriesgando su propia vida, junto con la de sus dos inseparables camaradas, le avisó que unos ojos le estaban estudiando fijamente.

Con cautela, giró la cabeza, controlando sus movimientos. Era como si

hubiese captado una sensación taladrante en su nuca. Y así era.

Unos ojos oblicuos estaban fijos en él.

Pertenecían a un hombre joven, de escasa estatura, como la mayoría de los orientales, que vestía el blanco uniforme de enfermero, y estaba tomando un vaso de leche, apoyado en el otro extremo del mostrador de la cafetería.

Apenas hubo girado él la cabeza hacia el punto de origen de aquella mirada presentida, el oriental desvió sus pupilas rasgadas y pareció ensimismarse en la contemplación del exterior, a través de los ventanales del establecimiento.

Cole no hizo acción alguna para averiguar de inmediato si sus sospechas eran ciertas o no. Se limitó a apurar con calma su café, mientras extraía del bolsillo de su chaqueta unas gafas de sol, que limpió cuidadosamente, mientras pagaba la consumición, y se dispuso a aplicarse a los ojos, justo en el» momento de volverse y caminar hacia la salida.

En realidad, lo que hizo fue situar ante sí las gafas, como un espejo oscuro, y en sus superficies curvas se reflejó perfectamente toda la barra, con el enfermero oriental al fondo.

Como sospechara, seguía mirándole con fijeza extraña, ahora que no creía ser observado.

Salió de la cafetería, terminando de ponerse las gafas oscuras, sin que el oriental dejase de mirarle, muy fijo. Luego, notó que se incorporaba, dirigiéndose a alguna parte.

Ya junto a los ascensores del hospital miró de soslayo hacia un espejo que reflejaba la cafetería, fingiendo arreglarse el cuello de su camisa deportiva.

El enfermero estaba telefoneando, y al hacerlo movía agitadamente la cabeza. Al notar que iba a volverse a mirar hacia él, Frank Cole fingió no advertir nada, y entró en el ascensor, subiendo a la planta de neurología.

Estaba seguro de ello. Su instinto se lo había dicho desde un principio: era vigilado. El oriental le seguía y estaba informando a alguien sobre su persona.

¿Por qué?

¿Tenía eso alguna relación con Karin Wallace, la bella joven hospitalizada?

Era otra suposición. Pero Cole estuvo seguro de que sí.

* * *

Los ojos eran grandes y claros. Luminosos y limpios. Asustados también.

Muy asustados, pensó Frank Cole, contemplando aquella mirada fija en él. El miedo, la angustia, asomaba claramente a ellos. Eran dos sentimientos que dominaban a la muchacha de forma absorbente.

—¡Hola! —saludó él—. ¿Cómo se encuentra, Karin?

—No sé... — murmuró ella—. Bien, supongo... ¿Nos conocemos?

—No —sonrió Cole—. Me temo que no.

—¿Entonces...?

—Yo vi su fotografía. En un jardín, junto a un par de dálmatas...

—Papá... —gimió ella, cerrando los ojos, estremecida. Sus pálidos dedos

aferraron nerviosamente el embozo—. Papá llevaba esa fotografía siempre consigo...

—Es cierto. La vi en dos ocasiones. En Hong Kong y en Tokio. De ello hace ya más de un año, quizá dos. Usted era mucho más joven, casi una adolescente...

—Casi. Las fotografías engañan. Ya tenía veintiún años, entonces. Ahora tengo veintitrés. ¿Quién es usted?

—Frank Cole. Mi nombre quizá no le diga nada, Karin.

—Cole... Frank Cole... —repitió ella lentamente—. Sí, recuerdo algo. Papá escribió sobre un americano rubio, alto... Un compañero de dojo, creo. Un budoka...

—Acertó —rió Cole, de buen humor—. Luchamos juntos. Karate. Era un buen luchador. Mantenía la forma de un hombre de treinta años. Supongo que seguirá igual...

—No lo sé. Nadie lo sabe —gimió ella—. Ni siquiera sabemos si existe.

—¿Qué hacía él en Thailandia, tan alejado de Bangkok?

—Fue a las selvas, en busca de una enfermedad parasitaria. Quería erradicar una plaga muy común en estas regiones. Estaba seguro de conocer el virus que la producía. Las tropas la sufrían con frecuencia. Se fue con un buen equipo para investigarlo. Él es biólogo, pero también domina la bacteriología... Nunca más ha vuelto.

—Lo sé. Usted fue en su busca, Karin. Me lo han contado...

—Sí, es cierto... —tembló. Sus labios se apretaron. Un raro brillo asomó a sus ojos. El doctor Cushing, al fondo de la sala, cambió una mirada con Frank —. No..., no pude encontrarle... Estoy segura de que... ha muerto...

Se cuajaron de humedad sus ojos y temblaron los labios. Cole se puso alerta. La crisis nerviosa podía presentarse en cualquier momento. Trató de evitarlo.

—Calma —serenó a la joven, tomando su mano y oprimiéndola con calor —. Nada hace suponer que haya ocurrido lo peor. Mucha gente desaparece en estas tierras. Y luego, tras cierto tiempo, aparecen. Es fácil perderse en la jungla.

—Él..., él no estaba perdido. Visitó la pagoda... Luego, ya no supe más de él.

—¿La pagoda? ¿Qué pagoda? —se interesó Cole, sin quitar sus ojos de ella.

Las señales de excitación aparecieron en los ojos de ella, súbitamente. Era como si el efecto tranquilizador de los sedantes empezara a disiparse. Como si *algo* que ella había querido apartar de su mente volviera a torturarla.

—Dios mío... —jadeó—. ¡La pagoda! ¡La pagoda azul!¡La selva,..! ¡El guía..., Toung Penh! Aplastado..., machacado por el monstruoso ser... ¡Es la maldición, es él..., el ídolo que mata...! ¡Noooo...!

Le había llegado la crisis, inevitablemente. Comenzó a agitarse en el lecho. Con rapidez, acudieron a ella el doctor Cushing y la enfermera nativa. La

sujetaron a duras penas, ayudados por Cole, que aún retenía entre sus firmes dedos la mano crispada de la muchacha. Una lividez terrible invadió su rostro. Los ojos dilatados reflejaron un terror instintivo, que hacía temblar su cuerpo espasmódicamente, presa de un paroxismo de horror y desesperación.

—Déjela, Cole —rogó el médico—. Sus preguntas la han excitado. Es peor que la última vez. ¡Enfermera, pronto, prepare el *librium!*Hay que usar sedantes fuertes...

—Sí, doctor —asintió la enfermera, contemplando con gesto compasivo a la paciente.

—¡No, no, no quiero dormir más! —sollozaba Karin Wallace, desesperadamente—. ¡No quiero que me inyecten otra vez esa maldita droga! ¡Quiero salir de aquí! ¡Tengo que salir de aquí! ¡Yo sé dónde está la pagoda azul, yo puedo conducirles allí, hasta el ídolo que vive! ¡Pero nadie puede entrar de noche en el templo... o morirá aplastado! ¡El propio dios Assar le matará, cuando cobre vida...! ¡Quiero volver allí, es preciso! ¡Sé que es la única forma de encontrar a mi padre...!

La aguja hipodérmica se clavó profundamente en el brazo de la joven. La enfermera empujó el émbolo y el *librium* penetró en Karin, con todo su poder sedante. Aun así, gritó y forcejeó durante un rato, hasta que, paulatinamente, fueron abandonándole las fuerzas y la consciencia, y terminó cayendo inerte en el lecho. La enfermera la tapó cuidadosamente, y cambió una mirada con el médico.

—Ya está —suspiró el doctor Cushing, contrariado—. Enfermera, quédese con la paciente hasta que la envíe un relevo. Vamos, Cole. Ya no podemos hacer nada aquí.

Frank no comentó nada. Abandonó la estancia junto al médico. Por el corredor, camino del ascensor, hizo luego una pregunta:

—¿Ha sido la crisis más fuerte que sufrió desde su internamiento?

—Sí, sin duda alguna —asintió el neurólogo—. Usted la excitó más aún.

—Dijo cosas que usted no me había mencionado antes. Habló de esa pagoda, diciendo que sabía su emplazamiento, que quería ir allí, que no se puede entrar de noche en la pagoda, que el propio dios mata a los que lo hacen... Y cree que sólo volviendo a esa pagoda encontrará a su padre...

—Ya lo oí —afirmo gravemente el médico—. No había dicho antes nada de eso, puede creerme. Sin duda su desequilibrio es mayor de lo que imaginaba. Estoy deseando que la vea el doctor Arlen. Temo por la salud mental de esa joven.

—Yo también... —Cole meneó la cabeza—. No le dije nada que pudiera excitarla. Todo acudió a su mente cuando mencioné la pagoda que ella había citado. Doctor, creo que esa pagoda existe.

—La pagoda azul del dios Assar... —el doctor Cushing meneó la cabeza, perplejo—. No sé... Hasta hoy, fueron simples leyendas. Los nativos dicen que hay un dios de la muerte y del caos, un ídolo azul que un día aplastará a tiranos y traidores. Lo leí en un libro religioso de hace siglos. Pero es simple

superstición, claro. El Gobierno nada sabe de la existencia de la supuesta pagoda azul.

—El Gobierno thailandés ha publicado unos folletos turísticos en los que se afirma que hay amplias regiones selváticas del interior, materialmente inexploradas por lo frondoso de la vegetación. Ni siquiera desde un helicóptero se ve nada. Eso puede explicar algunas cosas, doctor.

—¿Cree que ella razona al hablar así   dudó Cushing, algo áspero.

—Yo no soy especialista, doctor. Sólo soy una persona que se guía por puro instinto en estas cosas. Y algo me dice que, aunque sometida a un terrible *shock*nervioso..., Karin Wallace dice muchas verdades, mezcladas con sus delirios, con esa horrible pesadilla que parece invadir su cerebro, quizá porque antes la vivió ya muy intensamente, en la vida real.

Y no añadió ningún otro comentario, mientras descendían ambos a la planta baja del hospital. Minutos después, Frank Cole se despedía del doctor Cushing y buscaba un taxi en las pintorescas calles de Bangkok.

El cielo se había encapotado bruscamente y estaba empezando a llover. Quizá muy pronto la lluvia fuese torrencial, como acostumbraba a suceder en aquellas latitudes cuando llegaba la estación de las lluvias. No vio ni un solo taxi libre, y se dispuso a pedir uno por teléfono, desde el interior del hospital.

Entonces descubrió, tras la vidriera de la cafetería, el rostro del enfermero nativo, mirando fijamente hacia la calle, a través del agua que chorreaba por el ventanal. Mirando hacia él, aunque ahora lo disimuló con rapidez...

—Suba, señor Cole —le invitó una fría voz amable, repentinamente—. Cuando llueve de tal modo, resulta muy difícil encontrar taxis en Bangkok...

Miró, sorprendido, a la persona que, al volante de un modelo algo anticuado de la firma «Cadillac», se había detenido junto al bordillo de la acera, abriéndole la portezuela para que entrase.

Era una mujer.

Una hermosa mujer de grandes ojos verdes, que le era absolutamente desconocida.

Capítulo IV

ÍDOLO AZUL

—Ha sido muy amable. Gracias por la invitación.

—¡Oh, no tiene por qué dármelas! Usted sí ha sido amable al aceptar la invitación de una desconocida. —sonrió ella, mirándole por el retrovisor.

—Llueve demasiado. No podía pensármelo mucho.

—¿Sólo fue por eso por lo que aceptó mi ofrecimiento, señor Cole?

—Por eso, y por varias cosas más...

—¿Por ejemplo...?

—Es usted mujer. Y muy atractiva. Tiene unos hermosos ojos verdes y una cabellera roja fascinante. Todo eso ha influido. Aunque no nos conozcamos, su encanto va es un aliciente para disfrutar de su compañía. Luego, usted me ha llamado por mi nombre. El hecho de que, sin conocernos, usted sepa cómo me llamo, también resulta fascinante para una persona curiosa.

—Eso no es nada difícil. Usted fue famoso en un tiempo, como actor de cine. Ahora lo es... como uno de los Tres Dragones de Oro.

—La felicito. No comete ningún error —sonrió Cole—. Yo, en cambio, nada sé de usted, señorita...

—Carter... Lori Carter —se presentó ella—. Corresponsal de la *Universal Press* en los países asiáticos.

—Periodista... —resopló Cole—. Esto empieza a tener sentido. ¿Busca una entrevista?

—Quizá. Pero también busco algo más.

—¿Qué?

—La verdad sobre Karin Wallace y su padre, el doctor Maxwell Wallace.

Cole no dijo nada, pero miró ahora por el retrovisor y no hacia su compañera de asiento, cuyos muslos podía ver nítidamente rozando sus propias piernas, comprobando su perfecta forma y suave tersura. Estaba mirando hacia la ventanilla posterior del «Cadillac». Avisó a su compañera:

—¿Sabe que nos siguen?

—¡No! —ella reveló sobresalto y miró por el retrovisor—. ¿El coche azul?

—Sí, eso creo. Lo conducen dos orientales. Trate de comprobarlo, ¿sabe?

—Claro —rió ella—. Tengo otro coche en Bangkok, un *jeep.* Este lo llevo mientras me revisan el otro. Tal vez el *jeep* lo necesite más tarde durante largo tiempo y prefiero que esté en regla. Este es de alquiler, y cubre mis necesidades. Agárrese. Vamos a despistar a nuestros compañeros de viaje.

Comenzó a maniobrar vertiginosamente, haciendo giros inverosímiles y

metiéndose por callejuelas donde parecía imposible rodar. Durante varios minutos hizo verdaderos prodigios al volante. Pero cuando enfilaron la Avenida del Chao Phraya, el río de la capital thailandesa, una mirada atrás desanimó a Cole.

—El coche azul sigue ahí —dijo—. ¿No sabe más trucos?

—¡Cielos, no! —se asombró ella, empezando a preocuparse—. ¿Qué hacemos?

—Pare allí, en aquella calle lateral, apenas doblemos. Veremos lo que quieren nuestros vigilantes. ¿Le asusta la idea?

—No, ni mucho menos —sonrió ella, animosa—. Estando junto a un hombre como usted, nada puede asustarme... Vamos allá.

Dobló la esquina indicada. Enfilaron una angosta calleja que conducía a los embarcaderos ribereños del Templo Hindú del Crepúsculo. La joven periodista frenó en seco. Y sin perder un instante, Frank Cole saltó fuera del vehículo, justo cuando el otro coche se metía tras ellos, viéndose obligado, igualmente, a un frenazo brusco que no evitó que ambos coches chocaran con estrépito de vidrios rotos y metal abollado.

Inmediatamente, del coche azul saltaron fuera cuatro hombres de facciones orientales, que rodearon a la pareja, con expresión nada tranquilizadora.

Por si había alguna duda, dos de ellos extrajeron pistolas automáticas con silenciador. Y los otros, dos *nunchakus*de entre sus ropas, sujetándolos de un modo que evidenciaba su pericia con aquel arma de las Artes Marciales, consistente en dos maderas y una cadena de unión entre ambas.

Frank Cole se puso en guardia. Y antes que nada, atacó a los hombres armados con pistola.

* * *

Eran los más peligrosos del cuarteto, porque él sabía luchar contra enemigos armados de *nunchakus.* Sin embargo, no había medio posible de vencer a un arma de fuego a distancia, si el dueño de ella apretaba el gatillo antes de que el budoka llegase a tenerlo al alcance de sus piernas o sus brazos.

Por ello, actuó en primer lugar contra los poseedores de armas automáticas. Era preciso adelantarse, vencerles con rapidez, para luego contrarrestar la temible eficacia de los *nunchakus*en manos expertas que conocieran a fondo su uso.

Su cuerpo se disparó con velocidad vertiginosa, dirigiendo sus golpes en dos direcciones simultáneas. Esas dos formas de ataque, que pretendían anticiparse a la siempre terrible eficacia de los proyectiles de dos pistolas automáticas, fueron con pies y manos, de una armonía perfecta y terrorífica.

Para ello, utilizó su puño derecho en un rápido, incisivo y devastador impacto en *Tsuki-Jodan,*con el lateral de dicho puño, al tiempo que su pie derecho describía también un arco veloz, para pegar en *Yoko-Geri-Jodan* al segundo enemigo. Con el puñetazo, desplazó al primer adversario, que

disparó, pero la bala, con seco *¡ploc!* semejante a un taponazo de champaña, se desvió tras el impacto del puño de Cole, perdiéndose en la callejuela.

Si ni embargo, el segundo recibió un golpe más demoledor, porque el pie de Cole, disparado con tremenda eficacia, y con una potencia que sólo un experto como él podía darle al pie, alcanzó al hombre armado en un punto de *atemi,* lo cual significaba una zona vital para la víctima. Exactamente le hirió seca, duramente, en la nuez de Adán, o *Hichu.*

Era un golpe mortal. El pequeño oriental cayó hacia atrás, con los ojos en blanco, el arma sin haber llegado a dispararse, y la nuez completamente hundida y quebrada por el puntapié del *karateka.*

Los de los *nunchakus* intentaron, entonces, acosar a Cole por ambos lados, aprovechando que él tenía aún a un aturdido enemigo, provisto de un arma de fuego, intentando recuperarse para atacarle.

—¡Mátalo! —ordenó abruptamente la voz de uno de los hombres con *nunchaku,* al tiempo que él mismo manejaba vertiginosamente el arma oriental, intentando un ataque en *Fudo-Gaeshi,* es decir, con el *nunchaku* extendido, para golpear el cráneo de Cole con su extremidad, accionada sobre los giros temibles de la cadena de unión.

Pero Frank, vertiginoso, reaccionó, evitando el impacto que hubiese podido abatirle, a merced de sus enemigos. Ahora era evidente la intención de éstos. No trataban de asustarle, sino de terminar con su vida.

Era difícil salvar la situación, sobre todo existiendo aún otro *nunchaku* a punto de golpear por el lado opuesto, y una pistola con silenciador frente a él. Frank Cole no dudó en sus acciones, veloces y precisas.

Con una agilidad increíble, se disparó su cuerpo hacia adelante, desapareciendo del lugar donde se hallaba una décima de segundo antes, sin que pareciese posible tal rapidez de movimientos en un ser humano. Hasta semejante punto llegó la misma, que el feroz golpe de *nunchuku* extendido, al no hallar su cráneo en el camino..., fue a estrellarse sobre el rostro del segundo oriental, provisto del arma contundente. Un alarido de éste acusó el mazazo. La sangre corrió por su faz, al aplastarle brutalmente boca y nariz. Se desplomó, inutilizado, y cuando el golpeador intentó descargar de nuevo su poderosa arma sobre Cole, éste se revolvió, con un veloz *Tai-Sabaki,* o giro del cuerpo, y lanzó el pie izquierdo en *Mae-Geri-Jodan,* hiriendo al del *nunchaku* en el *lang-Che* o pectíneo, lo cual significaba un aturdimiento momentáneo que le paralizó justo para que Cole rematase el ataque con un *Gyaku-Tsuki-Chudan* del puño derecho que, al estrellarse en la base de la nariz, sobre el labio superior, le causó la muerte instantánea.

Finalmente, sólo quedaba un adversario, el de la pistola automática, hacia el que el rubio budoka se volvió velozmente, para continuar luchando por su vida.

No hizo falta que siguiera su pasmosa exhibición de karate. En aquel momento, certeramente, la mano de Lori Carter disparaba contra el individuo de la pistola silenciosa una llave inglesa de su coche, que hendiendo el aire,

fue a estrellarse violentamente contra el cráneo del individuo. Este emitió un grito ronco, soltó el arma y se desplomó, con una grieta ensangrentada sobre sus cejas. Rodó por el suelo, inconsciente, y Cole se volvió, entre sorprendido y curioso, hacia la periodista de los ojos verdes y los cabellos rojos.

—Perfecto —aprobó—. Un excelente golpe, señorita Carter. Gracias por la ayuda.

—Hubiera querido hacer algo más —jadeó ella, aún impresionada—. Pero me asustaron y temí lo peor... Es usted increíble. Cole. Jamás vi a nadie realizar una exhibición semejante. Y he visto pelear a otros budokas, se lo aseguro.

—De todos modos, fue una situación difícil. Se proponían asesinarme.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No tiene enemigos en Bangkok? ¿Alguien que deseara vengarse de usted?

—No, en absoluto. Al menos, no que yo sepa.

—¿Entonces...?

—Usted habló antes de su interés por hablar conmigo. Citó a alguien: Karin Wallace y su padre, el doctor Wallace.

—Sí, ¿y qué? —se extrañó ella.

—Es posible que ése sea el motivo que justifique este ataque, señorita Carter.

—¿Los Wallace? —pestañeó ella, fascinada—. ¿Tan importante es el asunto?

—Hablo por simple deducción —suspiró Cole, mirando a los individuos abatidos—. Vi a un oriental que me vigilaba en el hospital. Avisaré al doctor Cushing para que vigilen la seguridad de esa joven. En cuanto a estos rufianes... será mejor que la policía de Bangkok se ocupe de ellos y los interrogue. Algo nos dirán, sobre el motivo y la persona que les guio a este ataque criminal...

—Yo puedo ir a avisar a la policía, mientras usted les vigila —se ofreció la joven periodista, disponiéndose a alejarse con rapidez de allí, mientras Cole se inclinaba sobre los caídos, para examinarles.

—No, no se moleste —la avisó Frank con firmeza, deteniéndola en su marcha bruscamente—. No conduciría ya a nada...

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —preguntó ella, volviéndose intrigada.

—Los dos que estaban vivos, el que usted hirió con la llave inglesa y el que fue dañado por el *nunchaku* de su compañero..., ya no lo están. Han muerto.

—¡Muerto! ¿Tan graves fueron las heridas? Yo no creí... que le mataría... —palideció la joven, impresionada.

—No, no fue usted —negó Cole, sombrío—. Ellos mismos se mataron al verse malheridos.

—¿Se... mataron? —los verdes ojos estaban muy abiertos ahora—. ¿Quiere decir que ellos...?

—Se suicidaron, sí. Hay una espuma verdosa en sus labios. Alguna cápsula de veneno.

—¿Qué significa eso, exactamente? Es como si fueran kamiKazes...

—Los orientales no tienen mucho miedo a morir, usted debe saberlo. Si fracasan en una misión, se sienten deshonrados y apelan a cosas así. Esto quiere decir que nos hemos enfrentado a un grupo de fanáticos. Ello me hace pensar en religión...

—¿Tu religión? ¿Qué religión?

—No lo sé. Alguna esotérica, propia de los asiáticos, señorita Carter... —Cole se incorporó meditativo, bus acerados ojos centelleaban—. También Karin Wallace habló de algo..., de un dios de muerte y de caos..., de un extraño ídolo azul que nadie, salvo ella y su padre, parecen haber visto jamás...

—¿Y cree que eso tiene algo que ver con... esto?

—Sí —afirmó, sombríamente, Cole—. Creo que tiene *mucho* que ver una cosa con otra. Vamos, hay que avisar a la policía, señorita Carter...

* * *

—De modo que ésa es su idea...

—En efecto, comisario. Es lo que pienso. Y ello me preocupa.

—Ya hemos puesto vigilancia armada en torno a la señorita Wallace, como usted sugirió. Pero creo que resulta algo disparatado relacionar su estado actual con ese atentado de que fueron víctimas usted y la periodista americana...

—¿Disparatado? ¿Por qué, comisario Chiang?

--No sé... —el policía paseó, inquieto, por la amplia estancia del hotel Bangkok, contemplando en silencio por Lena Tiger, Kwan Shang y Frank Cole—. Eso ocurrió lejos de la ciudad, en plena jungla, muy al norte. ¿Qué relación puede tener con unos criminales suicidas que actúen en la propia capital? El país anda algo revuelto, hay terroristas y guerrilleros; los americanos son, a veces, sus víctimas preferidas, para minarla moral del Gobierno... No puedo ver relación entre ambos hechos...

—Yo no creo que la política ni las guerrillas comunistas tengan nada que ver con todo esto, comisario --apuntó Cole, pensativo—. Más bien puede relacionarse con algo religioso, esotérico...

—Me asombra usted, señor Cole —confesó el policía de Bangkok, deteniéndose ante él bruscamente—. ¿Cómo puede estar tan seguro de algo que aún desconocemos todos?

—Sencillamente, he hecho algunas deducciones, comisario. Además, he hablado con mi amigo Kwan Shang, y él me ha dado algunas referencias muy interesantes.

—¿A qué referencias alude?

—Es muy sencillo, comisario —terció el joven chino, miembro del grupo

de los Tres Dragones de Oro, con una amable sonrisa en su correcto y bien parecido rostro oriental—. Siempre me ha gustado estudiar las formas de religión y las leyendas de cada país del Asia donde yo he nacido. Thailandia no fue una excepción y así llegué a saber que existe una determinada fe o creencia religiosa entre ciertos pueblos de Thailandia, que aluden a la convicción de sus fieles sobre la resurrección de un antiguo dios cruel y destructor, llamado Assar Thanakhek, cuyo *ídolo azul,* de gran tamaño, dicen que cobrará vida el día en que su templo sea profanado, a la luz de la luna. Y que ese dios vengador, exterminará por sí mismo a nativos traidores y a invasores extranjeros. ¿Estoy en lo cierto, comisario?

—Algo de eso he oído mencionar, a veces, pero son simples fantasías... —argumentó Chiang Hoa, débilmente—. Todos sabemos que eso *no puede* suceder. Una estatua de piedra, aunque realmente exista, no puede cobrar vida y matar por sí misma.

—Por supuesto. Pero hay gente que cree en ello. Fanáticos que pueden ser asesinos si se les manipula debidamente.

—Quizá —admitió el policía thailandés, con escepticismo—, pero yo me pregunto si eso podría tener la menor relación con el ataque de que fue objeto el señor Cole, o con esa supuesta vigilancia de que se supone víctima a la señorita Wallace, por parte de un misterioso enfermero, infiltrado en el hospital con fines ignorados. He ordenado que se investigue a todos los que allí prestan servicio, por si ello nos conduce a algo, aunque mucho me temo que no sea así. ¿Por qué causar daño alguno a la señorita Wallace o a usted mismo Cole, si realmente existen esos fanáticos?

—Aún no lo sé. Pero quizá ella es la única persona que vio algo y ha sobrevivido. Y yo... puede que alguien piense que soy la persona que puede ayudar a la paciente y creer sus palabras, dificultando así la tarea de ellos.

—¿Qué tarea?

—Posiblemente la de ayudar a su ídolo misterioso a exterminar a quienes ellos consideran traidores y extranjeros invasores...

—Pero todo eso carecería de base... si realmente el ídolo no hubiese cobrado vida, actuando como un ejecutor designado por sus creencias. Y eso es imposible de todo punto.

—Sin embargo, ella habla de un dios de piedra azul, de un ídolo viviente *que mata.*

Hubo un silencio en la estancia. La bella mulata Lena Tiger contemplaba con expresión de sorpresa a Cole, siguiéndole en sus extrañas deducciones sobre algo que parecía virtualmente imposible. El comisario Chiang Hoa, parecía realmente perplejo y desorientado.

—Esa muchacha tuvo que sufrir una alucinación. Está desvariando, usted lo sabe —arguyó, volviendo a sus paseos—. Nadie en su sano juicio afirmaría semejantes tonterías, Cole.

—Entonces, dígame dónde está la expedición del profesor McKeenan. Y adonde fue a parar el doctor Wallace, desaparecido *después* de ver el ídolo

azul, como decía en su carta.

—¡Cielos! Terminará por hacerme creer a mí también en la existencia de dioses de piedra que viven y matan... —se lamentó el comisario de policía de Bangkok, con tono plañidero—. Creí que ustedes, los americanos, eran personas con sentido práctico y una natural predisposición a rechazar lo absurdo y lo fantástico.

—Así es, comisario. Pero cuando la única explicación razonable de algo, está precisamente en lo absurdo y lo fantástico, empezamos a admitir que ello pueda ser posible.

En ese momento, llamaron a la puerta de la habitación del hotel. Kwan Shang fue a abrir. En el umbral apareció un hombre alto, vigoroso, de cabellos entre rubios y canosos, vestido deportivamente, con pantalón de pana y una chaqueta de cuero sobre su camisa amarilla y su pañuelo anudado al cuello. Saludó sonriente.

—Perdone —dijo—. Deseo ver a los Tres Dragones de Oro.

—Somos nosotros —replicó Frank Cole, desde el interior de la estancia—. Y usted, ¿quién es?

—Un hombre en peligro —dijo él—. Necesito su ayuda. Mi vida vale muy poco en estos momentos.

—Entre —invitó Kwan Shang, mientras dirigía una ojeada recelosa al corredor, descubriéndolo desierto. Cerró, tras obedecerle el visitante, y tanto Cole como Lena contemplaron al visitante con cierta desconfianza, pese a su aire jovial y seguro de sí mismo.

—¿Su nombre, señor? —preguntó Cole, seco.

—Steve Hammond —dijo él—. Realizador de reportajes para la televisión norteamericana. Pertenezco a la International Broadcasting Corporation.

—La IBC... —comentó Lena Tiger, interesada—. Una gran firma de televisión.

—Lo es, señorita Tiger —asintió el visitante con su contagiosa sonrisa, volviéndose hacia ella.

—¿Y ha dicho usted que corre peligro su vida? —era el comisario Chiang Hoa el que hablaba ahora con acritud, encarándose al recién llegado. Le mostró sus credenciales—. Soy comisario de policía de Bangkok. ¿Por qué no ha recurrido a nosotros?

—Porque la policía nada puede hacer contra el poder del Ídolo Azul —dijo fríamente el hombre vigoroso y jovial endureciéndose súbitamente sus enérgicas facciones—. En cambio, tal vez los Dragones de Oro puedan protegerme de la amenaza.

—¿Amenaza? —se interesó Cole, vivamente—. ¿Qué clase de amenaza?

—La de este ser, señor Cole —dijo bruscamente Steve Hammond, el hombre de la IBC.

Y puso sobre una mesa, ante los cuatro ocupantes de la *suite* del hotel Bangkok, una curiosa figurilla de piedra.

Era un ídolo azul de monstruosa fealdad.

Capítulo V

SEÑORES DE LA MUERTE

—Ya estamos solos los cuatro, como usted quería, señor Hammond. ¿Va a hablar ahora sin más rodeos?

—Naturalmente —asintió el realizador de programas de actualidad para la televisión americana—. Ya le dije a ese comisario que la policía nada puede hacer para proteger mi vida. Ustedes, sí.

—¿Por qué está tan seguro de eso, señor Hammond? Nosotros no somos superhombres, sino simples seres humanos.

— Su fama es bien conocida. Una vez realicé para la IBCun reportaje inspirado en sus acciones en defensa de los débiles y los acosados, como un vivo ejemplo de lo que el espíritu de los que practican las Artes Marciales significa en realidad. No imaginaba entonces que yo mismo, alguna vez, me sentiría lo bastante débil y perseguido como para recurrir a ustedes.

—Usted no parece precisamente una persona débil ni temerosa —sonrió Cole, irónico, estudiando al hombre de la TV.

—Simple apariencia, no crea —suspiró Hammond—. Tengo tanto miedo como el que más, sobre todo cuando me enfrento a algo que no acabo de comprender, pero que me asusta y me inquieta.

—Usted nos ha dicho que todo tiene relación con... con *esto* —tomó el pequeño ídolo de piedra azul y lo agitó, pensativo, ante su interlocutor.

—Así es. La secta es la que me persigue.

—¿Secta? ¿Qué secta?

—La de los Señores de la Muerte —resopló Steve Hammond, roncamente.

Lena y Kwan se miraron en silencio. Luego, contemplaron a Hammond, a quien Cole no quitaba sus agudos ojos de encima.

—¿Quiénes son esos Señores de la Muerte? —puntualizó Frank.

—Los componentes de la secta que adora al dios Assar Thanakhek, Señor de la Muerte y la Destrucción. Está representado por ese ídolo azul.

—Lo sé. ¿Dónde obtuvo esta estatuilla? Según el comisario Chiang, todo eso es pura utopía, y no hay pruebas de que el tal ídolo exista realmente. Esto puede ser la simple baratija de una pandilla de fanáticos...

—No. No lo es —negó Hammond, con gesto sombrío—. Es una reproducción fiel de la estatua de tres metros de altura que se conserva en alguna parte, en un templo maldito, oculto en algún recóndito lugar de las junglas de Thailandia.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Porque conozco la historia de Karin Wallace y de su padre. Porque sé que ha desaparecido, sin dejar rastro, terca de la población de Khon Kaen, en lo más intrincado e inexplorado de la selva thailandesa, la expedición científica del profesor Alexis McKeenan. Y porque yo mismo he recibido esa estatuilla... como una amenaza de muerte. Es lo que significa por sí sola, cuando alguien la recibe, sin más mensaje ni referencia. Mire su pedestal. Por debajo, se lo ruego.

Los dedos de Cole giraron la estatuilla, contemplando el pie de la misma. Descubrió allí un aspa roja, trazada con pintura de un violento tono escarlata. Enarcó las cejas.

—¿Y este aspa significa...? —comenzó.

—Sangre. Y muerte. La muerte del destinatario de la estatuilla. Su destrucción.

—Muy interesante. —Frank dejó en pie, sobre el mueble, la figurilla azul, de rostro terriblemente feo y cruel, de cráneo rapado, con un moño en su nuca — ¿Por qué le sucede todo esto, señor Hammond? ¿Qué tiene usted que ver con la secta de los Señores de la Muerte y su misterioso Idolo Azul?

—Más de lo que imagina —suspiró Hammond—. Voy a ir en busca del Ídolo Azul, se oculte donde se oculte. Será un reportaje para la televisión americana. Me lo pagan bien, y estoy dispuesto a llegar hasta donde sea para filmar a esa deidad monstruosa. A la auténtica estatua original, me refiero. Para eso estoy ahora en Bangkok. Y ellos lo saben. Como saben que mi guía y explorador, Ned Kelly, que irá al frente de la expedición, no tiene miedo a superstición alguna y sólo conoce el color del dinero. Por éste, haría lo que fuese. Incluso llegar al templo ignorado donde se venera al dios Assar. Tratarán de impedir, sea como sea, que logremos nuestros propósitos. Y el mejor modo de evitarlo, es asesinarnos a ambos.

—¿Cómo pueden saber ellos que ustedes van a realizar esa expedición... y por qué suponen que llegarán a conseguir algo positivo? —dudó Cole.

—Porque Kota Thammat parece saberlo todo. Y porque saben que tenemos una pista para llegar a ese templo.

—¿Ha dicho... Kota Thammat? ¿Quién es él?

—El sacerdote supremo del dios Assar. El jefe sanguinario, fanático y cruel de esa secta de asesinos que creen a ciegas en su nefasto dios y odian a todo lo que significa progreso, cultura y civilización, como odian la presencia de todo extranjero en el suelo de Thailandia. Sus servidores son criminales natos, y matan por fanatismo. Si no logran su propósito... se matan ellos mismos, antes de caer prisioneros. Es su código de honor.

—De modo que fueron hombres de ese Kota Thammat los que nos atacaron... —meditó Cole, en voz alta—. ¿Sabe dónde está ese jefe religioso, ese fanático criminal?

—En todas partes. Nadie sabe dónde se halla, pero sus órdenes se desparraman con la rapidez del aceite. Puede estar en la jungla, en ese templo

oculto... o en el propio Bangkok. Ni siquiera podemos saber bajo que personalidad se ocultará. De Kota Thammat se conoce su nombre, no su rostro ni su apariencia real.

—Usted habló de una pista para llegar a ese templo prohibido. ¿Puede decirme cuál es?

—Sí —sonrió duramente Steve Hammond—. La única que existe: Karin, Wallace.

—¿La hija del doctor Wallace? —se asombró Cole—. Pero ella... ella está enferma, incapacitada en un hospital, con la mente desequilibrada...

—Lo sé. Sin embargo, mi propósito es claro: que ella nos guíe.

—¿Se ha vuelto loco? Está protegida por la policía. No puede abandonar aquel lugar. Enloquecería, tal vez moriría, si alguien la sacara del hospital...

—O sanaría definitivamente —cortó tajante Hammond—. Es un fuerte *shock,* ¿no? El enfrentarse a circunstancias parecidas, la haría reaccionar sin duda. Vale la pena correr el riesgo. Y enfrentarse a los hechos. O esa muchacha no tendrá ya remedio nunca más. Vio algo demasiado terrible para recuperarse, a menos que no vuelva a una situación similar, y ello le devuelva el equilibrio perdido.

—Sería un riesgo tremendo. Y un delito de secuestro, en caso de intentarlo. Con el agravante de que usted sería responsable de lo que a ella le sucediera después.

—El doctor Huan Dhei, que forma parte de nuestro grupo, es un loasiano muy inteligente, un médico especializado en psiquiatría, aunque también se ocupa de medicina y cirugía general. El cree, igual que yo, que Karin Wallace sufre un típico desequilibrio por *shok,* que solamente otro *shock* podría anular.

—Eso no me resulta convincente, señor Hammond. No pienso ayudarle en una tarea de secuestro, esté bien seguro de edo. Karin Wallace no saldrá de allí. Al menos, yo intentaré que así sea.

—Entonces, nunca erradicaremos la amenaza que para ella y para todos supone la existencia de esa secta. Se ha sabido lo que le ocurre a esa joven, y los fanáticos nativos andan revueltos, creen que ha llegado la hora de la muerte y el caos, y eso puede desencadenar un baño de sangre en todo Thailandia. Es preciso evitarlo. Y sólo hay un medio: encontrar ese ídolo... y destruirlo. Eso terminará con la leyenda.

—Estoy en todo de acuerdo con usted. Pero en algo disentimos: todo lo que se refiere a la señorita Wallace. De modo que si insiste en ese procedimiento... no cuente con nuestra ayuda, señor Hammond.

—Muy bien —suspiró el realizador de televisión con gesto de fatiga—. Comprendo sus escrúpulos, señor Cole. De todos modos, gracias por escucharme. Hubiera sido hermoso intentarlo. Ahora sé que no es posible. Sólo usted hubiese podido sacar a esa muchacha de allí. Buenas tardes, amigos.

Se encaminó a la salida. Sonó el teléfono bruscamente. Lena Tiger lo descolgó, mientras Frank Cole meditaba en silencio. La mulata atendió la

llamada. Luego lanzó una imprecación que atrajo la mirada de todos, justamente cuando el hombre de la TV abría la puerta para salir.

—¡Cielos, no! —oyeron exclamar a Lena—. No es posible... Sí, sí, se lo diré ahora mismo, comisario. Por supuesto, creo que irá a verle a su despacho en seguida...

Colgó, mirando a Cole. Este enarcó las cejas, temiendo algún desastre. Y Lena confirmó sobradamente esos temores. Sus palabras fueron escuetas:

—Se trata de Karin Wallace... ¡Ha desaparecido del hospital sin dejar rastro!

Cole juró entre dientes. Hammond, ya con la puerta abierta, se volvió, para decir algo.

En ese momento, un poderoso impulso lanzó esa misma puerta contra el realizador de televisión, y hasta un total de siete u ocho hombres, armados con *kris,* el temible y afiladísimo machete malayo, penetraron como un alud en la estancia, lanzando un grito en thailandés, que Kwan Shang comprendió sin dificultades:

—¡Muerte a todos! ¡Muerte en nombre del Dios Assar!

Y las hojas de acero buscaron, devastadoras, los cuellos de los Dragones de Oro y del realizador Steve Hammond.

* * *

La lucha era total, absolutamente desigual, pero ello no parecía arredrar lo más mínimo a los tres jóvenes budokas. Estaban habituados a tales enfrentamientos, y éste era un riesgo más de su dedicación total a una tarea difícil y peligrosa como la que ellos habían afrontado.

Tampoco Hammond, pese a todo, parecía sentirse asustado por el repentino ataque de los hombres armados, y se limitó a aferrar una pesada silla, estrellándola contra el brazo armado del que pretendía segarle el cuello, con lo que no logró abatirle ni desarmarle siquiera, pero evitó el tajo mortal, y logró alejar de sí, algo aturdido, al dueño del temible *kris.*

El resto del grupo se había lanzado ya sobre los tres budokas, convencidos de que, pese a la fama del trío de luchadores, ellos tenían todas las de ganar, y la muerte de aquellos enemigos era tarea virtualmente cumplida.

Pero las cosas distaban mucho de ser como imaginaban los agresores de raza oriental que, con aquel grito agresivo y fanático, buscaban la masacre indiscriminada.

Los tres luchadores, rápidamente, se habían situado con sus espaldas pegadas a los muros, para evitar que pudiesen ser atacados por la espalda, aunque también para eso tenían recursos, siempre que el filo de acero no fuese más rápido que ellos y llegase a sus puntos vitales.

Cada uno practicando su estilo habitual de lucha, comenzaron la desigual y feroz batalla sobre el duro *tatami* del suelo de un hotel. Frank Cole, el karateka, Kwang Shang, el luchador de kung-fu, y Lena Tiger, que recurría

indistintamente a sus dos especialidades, aikido y tae-kwon-do. En esta ocasión, dado el cariz de la pelea y las armas de sus enemigos, optó por esto último. El llamado «karate volador», era terriblemente eficaz contra adversarios numerosos y bien armados, sobre todo cuando lo practicaba una persona como Lena Tiger, todo agilidad felina, furia y poder físico, al servicio de una mente fría y calculadora.

Como una pantera negra hendió el aire, en un salto increíble, salvando una mesita de centro y dos divanes, para caer con sus pies por delante y sus manos en actitud demoledora, sobre dos de los orientales armados de *kris* afiladísimos.

Antes de que las hojas de los enemigos pudieran siquiera rozar su oscura piel de mujer de color, la hermosa mulata de los cabellos rizosos, a lo «afro», alcanzaba con su pie derecho, violentísimamente, el rostro de su enemigo, aplastándoselo con agrio crujido de huesos. La sangre invadió totalmente la faz golpeada, el *kris* cayó de los dedos del golpeado, y Lena, sin darse reposo, tras aquel alarde agilísimo de su golpe en *Ap-cha-ki,* o patada frontal, se revolvió en décimas de segundo contra el segundo adversario de turno, eludió con una finta escalofriante el tajo que le dirigieron al cuello, hasta notar muy de cerca el silbido del aire, hendido por el filo del acero centelleante. Luego saltó de costado, disparando su pierna zurda, en un *Yop-cha-ki,* o patada lateral, de belleza plástica increíble, pero que al dueño del machete malayo no le debió causar ninguna sensación agradable, porque se estrelló en su frente, entre ambas cejas, y el talón poderoso de la luchadora, con tan terrorífico impacto, mató inmediatamente al agresor, herido en un *atemi*o punto vital como era el *cho-to*o entrecejo.

Mientras tanto, Kwan Shang, el diestro luchador de kung-fu, practicaba su estilo elástico, silencio *y* mortal, recurriendo a sus habilidades en la lucha china tradicional, origen y fundamento de todas las Artes Marciales existentes.

Frente a los *kris* de sus enemigos, en décimas de segundo apenas, él opuso con una mano la forma *Tao-Shou* o de cuchillo, y con la otra la de *cheng-chu*o Dragones Gemelos. Es decir, una mano plana, rígida, estirada, cuyos dedos parecían los filos del imaginario cuchillo, y la otra con los dos dedos índice y corazón engarfiados, apuntando directamente a los ojos de su atacante.

Esa última mano fue la primera en golpear, y lo hizo con una precisión y potencia inauditas. Cada dedo penetró y golpeó un globo ocular del enemigo, y el dolor subió hasta el cerebro del golpeado, haciéndole exhalar un grito agudo, al tiempo que se debatía en una súbita ceguera que, lógicamente, no duraría mucho, pero que bastaba para inutilizarle totalmente. Dolorido y ciego, lanzó inútiles mandobles al vacío, sin dar con su enemigo que ya, rápido, silencioso, ágil como una sombra, se encaraba a otro hombre y otro *kris,* evitando éste con una parada de su antebrazo izquierdo sobre el antebrazo armado. Y mientras el *kris* quedaba así suspendido sobre su cabeza unas décimas de segundo, su diestra en forma de cuchilla golpeó seca y

rotundamente la nuez, del enemigo.

El chasquido de ésta al quebrarse, señaló lo mortal del impacto. Cayó el oriental del machete malayo, cuando ya Kwan Shang se encaraba de nuevo al enemigo anterior, para dispararle su pie, en movimiento *chuka-shiki,* que estrelló el pie de Kwan en la nariz del agresor. Esta se hizo añicos bajo el impacto, y chorros de sangre inundaron el rostro del enemigo, que rodó por el suelo, exhalando alaridos de vivo dolor.

Mientras sucedía todo esto, Frank Cole, por su parte, simultaneando los tres sus acciones de defensa y ofensiva, actuaba sobre sus propios adversarios, que eran tres, y todos provistos de su correspondiente *kris* de afilada hoja.

Tuvo que multiplicarse, por tanto, para tenerles vencidos en menos de dos segundos. Fue una exhibición portentosa, aunque ninguno de los presentes pudo dedicarle la atención que merecía. Sus compañeros, porque bastante tenían con abatir ellos mismos a sus enemigos. Y éstos, porque no pudieron hacer otra cosa que intentarlo todo, basados en su aparente ventaja, sin conseguir absolutamente nada.

Frank tole eludió los violentos golpes de *kris* con fintas y saltos de una agilidad felina, al tiempo que sus brazos y piernas, únicas armas con las que contaba, no sólo contribuían a protegerle de los golpes, parando en seco el impulso de los brazos ajenos, sino que pasaron en instantes a la ofensiva, masacrando a los tres atacantes.

El primero recibió un terrorífico puntapié en su *kintcki,* los órganos genitales, que le hizo emitir un chillido escalofriante, al tiempo que se desvanecía bajo tal dolor, desplomándose en seco a sus pies. Casi no había tocado el suelo, cuando el segundo enemigo, tras aquel demoledor *Yoko-Geri-Jodan,* se veía frenado en su ataque por un brazo de Cole en posición de *Mawashi-Shuio-Uke,* para después pasar a golpear con un *nu-kite,* vertical la mano, mientras de su ser todo, escapaba el potente sonido, capaz de electrizar al enemigo y destruir su moral de combate:

-¡KIAI!

El golpeado saltó atrás, como fulminado por el devastador *nukite,* cuando ya Cole, tras cubrir con celeridad magistral todos los movimientos y posiciones adecuados, llegó a una posición de *Zen-Kutsu-Dachi, y* así disparó su mano izquierda en potentísimo *Uchi-Ude-Lke,* que recibió el contrario cuando intentaba segarle el cuello con su *kris.*

Se tambaleó, con los ojos dilatados, sin poder darle la debida fuerza y dirección al arma blanca, y Cole remachó la *kata* con su pie derecho en *Mae-Gerí-Jodan,* que lanzó contra la vidriera de la sala al enemigo, y el menudo cuerpo de éste, tras destrozar los vidrios estruendosamente, emitiendo aullidos de dolor y angustia, fue a golpear la barandilla de la terraza, y de allí se fue en una mortal voltereta al vacío, sonando luego su cuerpo sordamente, cuando se estrelló en la céntrica calle de Bangkok.

Justo entonces, Steve Hammond aplastaba la cabezaa su contrario con un golpe brutal, dado con un jarrón que se hizo añicos, y lo derribaba a sus pies,

como fulminado por un rayo.

Jadeante, se volvió a los tres budokas, que le miraron sonrientes, y él mismo sonrió, tras tomar aliento.

—Bueno, no estuvo mal del todo —gruñó—. Ahora sé la clase de personas que son ustedes, amigos... No, no se moleste en atender a esos tipos, señorita Tiger. Acostumbran matarse cuando son vencidos. Todos ellos.

—Cierto —asintió, sombría, la mulata, incorporándose asombrada—. Los que estaban heridos... se envenenaron. Tienen espuma verdosa en sus labios...

—Es un activo veneno de plantas tropicales, muy abundantes en ciertas zonas de Thailandia —explicó Hammond, sombrío—. Las *nyamok*o moscas selváticas que se posan sobre ellas, mueren en escasos segundos. De estas plantas saca Kota Thammat su brebaje venenoso. Bien, Cole, ¿qué me dice ahora? ¿Existe ese peligro, o no?

—Sabía que existía —asintió Frank—. Pero entonces, Karin Wallace estaba hospitalizada todavía. Ahora no. De modo que... le ayudaremos, Hammond. Las cosas han cambiado mucho con la desaparición de Karin...

* * *

—En realidad, no podemos admitir que nadie la sacara de aquí por la fuerza —explicó el doctor Cushing, sombrío—. Mi teoría es que ella se escapó por sus propios medios. Falta una bata de enfermera en esa planta, y también una camilla. La camilla se encontró abajo, en la salida de ambulancias. Eso quiere decir que la utilizó muy astutamente para pasar inadvertida, vestida de enfermera, hasta salir del recinto hospitalario. Luego debió tomar algún vehículo. O quizá lo robó, no sé.

—¿No falta ninguna ambulancia?

—No, ninguna, señor Cole. ¡Oh, Dios, esa muchacha está realmente loca! ¡Salir de aquí en su estado! ¡Puede darle la crisis en cualquier momento! Su vida peligra, pero, sobre todo, su cerebro, pobre criatura...

—No podemos hacer nada —suspiró Frank, pensativo—. La policía indaga, sin dar con ella en absoluto. Nosotros solamente podemos intentar algo, y vamos a hacerlo.

—¿Y es...?

—Salir de viaje hacia Kohn Kaen, región donde estuvo sin duda Karin Wallace, y de donde procedía, cuando fue hallada por los arroceros de Ayutthaya, al norte de Bangkok. Seguiremos la ruta del río Chao Phraya, imaginando qué camino puede seguir Karin en su actual fuga.

—¡Cielos! ¿Cree que esa muchacha habrá tenido la delirante idea de... de *volver* al lugar donde sufrió tan terrible *shock?*—dudó el doctor Cushing.

—Así piensa el doctor Huan Dhei, un psiquiatra de Laos, y así pensamos todos —asintió Cole.

—El doctor Huan Dhei... Sí, fue un buen médico en Laos, hasta que la

guerra le hizo huir de allí. Es un psiquiatra bastante considerado, incluso entre las fuerzas militares norteamericanas. Si él lo dice...

—Hay además, algo que se llama instinto, doctor Cushing. Ese es el que me hace pensar a mí que Karin Wallace tuvo un momento de lucidez, sintió miedo por algo, no sé aún por qué... y escapó de aquí. No creo que para ocultarse, sino para ir al encuentro de aquello que tanto la aterrorizó. Tal vez porque, en su mente, ella relaciona ese horror con la pérdida de su padre. Y desea afrontar ambos traumas a la vez.

—¿Confían en poder dar con ella, antes de que sea demasiado tarde?

—Eso, sólo Dios lo sabe. Pero vamos a intentarlo. Este mismo amanecer partiremos hacia el norte, doctor. Con una expedición informativa de la televisión americana...

Capítulo VI

LA CIUDAD DE LAS CÚPULAS AZULES

—¿Puede ayudarme, Cole?

—Claro, señorita Carter. ¿Qué desea que haga?

— Esta cremallera se ha atascado, y quiero desnudarme para tomar un baño. Aquí las aguas del río son limpias y cristalinas...

—No se líe demasiado. Los ríos orientales pueden ser traicioneros. Hay peligros en ellos. Además, no puedo estar presente mientras se desnuda.

—¡Oh, no sea anticuado, Cole! ¿Todos los budokas son tan puros de espíritu?

—Lo intentamos —sonrió Frank—. Pero eso no afecta a los asuntos del sexo. Somos hombres y mujeres, por encima de todo No me escandaliza su desnudez, si habla de eso, señorita Carter. Sólo dije que no era correcto.

—Creo que lo que le ocurre es que teme poner celosa a su compañera, Lena Tiger. He visto cómo me miraba antes... —la pelirroja periodista se acercó a Cole, insinuante, y le pidió, con un mohín, que la ayudase definitivamente a soltar la cremallera de su cazadora clara—. Y por favor,

deje de llamarme siempre señorita Carter. Somos compañeros de viaje. Y amigos, además. Soy simplemente Lori, ¿no, Frank?

—Está bien... Lori —suspiró Cole, bajando por fin la cremallera—. Bueno, ahora me voy y la dejo con su baño. Si me necesita, llámeme. En estos ríos ya le dije que no todo es tan apacible como parece.

Y se alejó hacia la espesura que rodeaba aquel claro bañado por las aguas ribereñas, mientras ella se despojaba de cazadora y pantalones, con un gesto de cierta i frustración ante la actitud de Cole frente a sus encantos.

De repente, Frank paró en seco. Un leve gritito había sonado a su espalda. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, tuvo a Lori Carter entre sus brazos, trémula y semidesnuda, señalando con gesto de terror hacia un par de monstruosos animales que la contemplaban, malévolos, desde las ramas de un árbol cercano.

— ¡Dios mío, Frank, mire eso! —gimió, apretando su cuerpo turgente contra el de Cole—. ¡Son horribles! Quizá muy peligrosos...

—Vamos, vamos — Frank se echó a reír—. Son solamente dos *sumpah-sumpah,* una especie de camaleones de estas tierras. Absolutamente inofensivos para las personas, Lori. Hubiera resultado mucho peor que se encontrara, en pleno baño, con un grupo de *buayas.*

—*¿Buayas?* —le miró con ojos agrandados por la alarma—. ¿Qué son eso?

—Cocodrilos de estas regiones —dijo Frank—. El de menor tamaño, mide unos seis metros de largo. Los ríos selváticos están tan infestados de ellos como de *nyamoks, o* moscas selváticas, y *kutus,* los escarabajos que comen carne humana. De todo eso me ha dado algunas lecciones mi buen amigo Kwan Shang, que se conoce la flora y la fauna de esta parte de Asia como un verdadero experto.

—Camaleones tan horriblemente feos y grandes, cocodrilos gigantes, moscas de la jungla, escarabajos comedores de carne humana... ¡Dios mío, qué horrible lugar! —gimió Lori Carter, cuyo casi desnudo cuerpo se apretó, aún con más fuerza, contra Cole, como si en el calor del contacto masculino pudiese hallar remedio a sus temores—. Frank, sáqueme de aquí, pronto... Volvamos al campamento. Creo que será lo mejor.

—Sí, yo también. Pero antes debería vestirse un poco, Lori. La gente podría pensar mal si la ve desnuda, volviendo conmigo desde la orilla del río y completamente seca, ¿no le parece?

—La opinión de los demás me tiene sin cuidado —suspiró ella, mirándole a los ojos muy de cerca—. Pero si a usted le preocupa su preciosa Lena...

—Bueno, no resulta muy agradable pasar por algo que uno no ha hecho... —rió Cole.

—Eso tiene fácil arreglo: hágalo —le incitó ella.

Y los labios de la joven periodista americana se pegaron a su boca en un contacto incitante y cálido, que la soledad tropical de la jungla parecía hacer más y más ardiente por momentos.

Luego, ella le arrastró hacia la espesura y Frank Cole comprendió que ya

no podía volverse atrás, porque la hermosa pelirroja deseaba llevar su aventura hasta el fin en aquellos momentos, sin importarle ya los peligros selváticos que pudieran rodearles.

Como él dijera, un budoka era un hombre de honor, de limpio espíritu. Pero, ante todo, era un hombre. Y los principios de un budoka, nada tenían que oponer cuando una mujer pedía fuego y pasión, empezando por darlo ella misma en muy generosa dosis.

* * *

Lena Tiger levantó los ojos, mirando con expresión crítica y hostil a la pelirroja que, de la mano de Frank, volvía de la jungla, al claro elegido por Steve Hammond, su guía Ned Kelly y el módico laosiano, buen conocedor de los parajes selváticos, doctor Huan Dhei.

—Vaya, ¿ya se ha bañado, señorita Carter? —preguntó, irónica.

—Estuvo a punto de hacerlo —dijo Cole—, pero en el río hay *buayas* suficientes para hacer cambiar de opinión a cualquiera.

—Pues tardó bastante en opinar de distinto modo... —apuntó, zumbona, la mulata.

—Primero estuvo dudando. No se decidía, a la vista de la launa de estas regiones —comentó Cole riendo.

—Ya —Lena se incorporó, airada, mirando ceñuda a su compañero de aventuras—. Esa joven es muy medrosa, sin duda. Supongo que tu compañía le serviría de ayuda para combatir el miedo...

Lori Carter se enfrentó con la joven de color, poniendo gesto airado. Kwan Shang sonrió para sí, alejándose del grupo al intuir lo que podía suceder cuando dos mujeres con un mismo objetivo chocaban entre sí. La vez de Lori le llegó, diciendo:

—Escuche, Lena: supongo que no verá nada malo en que Cole me acompañase para no sentir miedo, y luego me aconsejara regresar al campamento, sin separarse él de mí, a petición mía. ¿O es que ahora va a sentir celos por todo eso?

—No soy celosa —dijo Lena, fríamente—. Pero conozco a las mujeres como usted. No me importa que Frank tenga sus aventuras, porque, a fin de cuentas, no es nada mío. Sólo me disgusta que pueda llegar a creerse que una mujer como usted es una mosquita muerta que se siente fascinada por un hombre, por vez primera en su vida. Creo que esta expedición tiene objetivos mucho más serios que andar retozando por la jungla como una inocente doncella. A menos que se haya unido usted a nuestro grupo con ese sólo objetivo, y no el de informar a su agencia sobre la historia de Karin Wallace y del siniestro dios Assar.

Tras decir esto, airadamente, Lena dio media vuelta, zanjando el asunto de modo definitivo, no sin dirigir una centelleante mirada de soslayo hacia Frank Cole, que se limitó a sonreír para sí, puesto que conocía muy bien los

estallidos apasionados de su compañera de color.

—Ya basta, jovencitas —cortó acremente la voz de Steve Hammond, el arrogante y canoso héroe de la televisión documental americana—. Si en algo tuvo razón Lena Tiger es en eso: esta expedición es algo demasiado serio para jugar a escarceos amorosos, señorita Carter. En lo sucesivo, nadie abandonará el campamento, ni siquiera para bañarse en el río o en un lago, a menos que yo lo autorice. Naturalmente, me refiero a las mujeres. Porque mi autoridad deseo compartirla precisamente con el propio señor Cole, a quien supongo lo bastante sensato para opinar igual que yo.

—Tiene razón, Hammond —admitió Frank—. Lo que dijo Lori Carter era cierto. Estaba asustada cuando comprendió la clase de fauna hostil que nos acecha. Por eso preferí esperar a que regresara al campamento, sin llegar a entrar en el agua del río.

—No es sólo la fauna la que nos es hostil, señor Cole —habló con voz profunda el delgado, cetrino y grave individuo oriental que, con ropas occidentales, acompañaba a la expedición en calidad de médico—. Recuerde que el doctor Wallace, el biólogo y bacteriólogo desaparecido, combatía numerosas epidemias y plagas que son difundidas por moscas, mosquitos y aguas estancadas de estas zonas. Una de esas epidemias, la llamada con el nombre de Mal de Howard, o Síndrome de Howard, era la que más le preocupaba, y se dijo que estaba a punto de erradicarla. Al parecer, el doctor Wallace logro una vacuna que impedía la extensión de dicho mal.

—¿Mal de Howard? —se interesó vivamente Cole—. ¿Qué era, en realidad?

—Una extraña dolencia, señor Cole —manifestó con su tono lento y pausado el doctor Huan Dhei—. En mi país natal, Laos, también se presentó últimamente. Se trata de un mal que se inicia como una simple fiebre tropical, para después producir una degeneración celular en la epidermis, de tal naturaleza, que poco a poco va endureciéndose la primera capa de la piel humana, y ese endurecimiento llega a convertirse así en una costra pétrea, maciza, que transforma en rígidos miembros los brazos y piernas. Al llegar a los puntos vitales, por atrofia de los poros, provoca la muerte lenta y dolorosa del afectado.

—Es una enfermedad horrible... —comentó Steve Hammond, estremeciéndose.

—Horrible, sí —asintió el psiquiatra laosiano—. Perosi la vacuna ideada por el doctor Wallace resultaba positiva, iba a evitar ese mal, mediante una alteración celular que impidiese el endurecimiento epidérmico. Lo malo es que Wallace desapareció y... no hemos sabido más de su obra. Pero por si esos males fuesen pocos, también tenemos otra amenaza latente, mientras dure este viaje.

—Los Señores de la Muerte —apuntó Kwan Shang, pensativo—. Los siervos del fanático Kota Thammat.

—Exacto —el doctor Huan Dhei se volvió hacia él—. Y ése es el peor de

todos los peligros que nos acechan. Ustedes ya lo saben.

—Tenemos una cierta idea bastante clara —asintió Cole, arrugando el ceño —. Lo que me pregunto es **si** valdrá la pena que corramos tanto riesgo. Después de todo, no podemos estar totalmente seguros de que ésta sea la ruta que sigue nuestra desaparecida Karin Wallace.

—Muy cierto —admitió Hammond, paseando por el claro elegido para acampar—. Pero Ned Kelly **es** nuestro explorador, y él parece seguro de que no nos desviamos demasiado de la ruta que seguiría Karin Wallace, si pretendiera volver al lugar donde fue hallada y, posteriormente, a su punto de origen, donde ocurrió aquello que tanto la trastornara...

—No es que se pueda estar seguro de nada, dadas las circunstancias —comentó el hombre fornido, de piel bronceada, ojos oscuros y cabellos rebeldes, que conducía la expedición a lo largo del curso del río Chao Phraya, desde Bangkok hacia Ayutthaya primero, y luego en dirección a Khon Kaen. Pero si esa mujer está intentando regresar a su punto de partida, no puede haberse alejado mucho del curso del río.

—Supongamos que Karin Wallace se extravía y emprende otra dirección —señaló con tono preocupado Kwan Shang.

—Pudo haber sucedido —admitió Ned Kelly, el explorador—. Pero el doctor Huan Dhei dijo algo con lo que los psiquiatras norteamericanos en Bangkok **es**tuvieron inicialmente de acuerdo: esa mujer actúa casi en un estado de trance, como movida por una fuerza superior a ella, ya sea telepática, ya simplemente un recuerdo lijo, grabado en su subconsciente, que la impulsa a volver a un sitio que, de forma inconsciente, conoce muy bien. Su propio desequilibrio actual es el que ejerce sobre ella una rara influencia, moviéndola hacia lugares a los que de forma consciente nunca atinaría a regresar.

—Yo también estoy de acuerdo con esa teoría —asintió Frank Cole gravemente—. Es más, podría jurar que, paso a paso, Karin Wallace va a seguir la misma ruta que antes siguiera con el profesor McKeenan, paso por paso, con una exactitud matemática. Su sentido de orientación, en estos momentos, es algo casi metafísico, una especie de influencia parapsicología, diría yo.

—No son sino simples teorías —argumentó con cierta acritud Lori Carter, terciando en la conversación—. Usted, Hammond, cree que los de la televisión lo saben y lo intuyen todo. Pero se están basando todos ustedes en muy frágiles cimientos para sostener todo un edificio de suposiciones, que pueden resultar tristemente falsas.

—No. No son falsas —cortó, de súbito, la voz firme de Lena Tiger—. Vean esto, por favor....

Todas las cabezas se volvieron hacia Lena, que sostenía en sus dedos algo brillante. La mulata se había dedicado a pasear por los límites de la espesura, y acababa de recoger algo caído en tierras entre los hierbajos. Ahora se lo mostraba a ellos.

Cole y Hammond fueron los primeros en llegar a su lado. Frank tomó el objeto y lo tendió al repórter de la televisión, tras estudiar su naturaleza.

—Un botón plateado —dijo—. Con las letras de K. W. Tiene el prendedor roto atrás. Debió partirse cuando tropezó con esos arbustos, y lo perdió. No se ha oxidado. Por tanto, no lleva mucho tiempo ahí, dado el arado de humedad en esta zona.

—K. W. —asintió Hammond—. Karin Wallace. Ya no hay duda. Ella pasó justamente por aquí, Cole. Sigue el curso del río para no extraviarse. Seguimos la ruta.Aun sin pensarlo, Karin nos dejó su rastro bien claro.

—Eso es alentador —aprobó el doctor Huan Dhei, aproximándose a ellos. Miró pensativo a Ned Kelly, y el explorador asintió, tras examinar el botón de plata—. Ya no hay duda alguna. Esa joven va en busca de su padre. En busca del lugar donde se extravió la expedición del profesor McKeenan.

--En suma, en busca del lugar donde algo espantoso provocó su *shock* mental —concluyó Cole, con gesto sombrío—. Creo que cuanto antes emprendamos la marcha nuevamente, tanto mejor. Ella puede necesitarnos muy pronto...

* * *

Llegaron a la Ciudad de las Cúpulas Azules justamente cuando caía la tarde y la jungla thailandesa se teñía de azules oscuros y profundos. Misteriosos crujidos, animaban, a su espalda, la espesura lujuriosa y enigmática.

—¡Es... es fantástica!

El comentario era de Steve Hammond, cuya cámara especial para filmar con escasa luz, se apresuró a enfocar sobre las ruinas de otros tiempos, y los demás se limitaron a asentir con la cabeza, no encontrando mejor término para expresar lo que veían más allá de la muralla de selva.

Ciertamente, el nombre de Ciudad de las Cúpulas Azules no se le ocurrió a nadie en concreto, pero todos coincidieron en llamarla así desde un principio. Porque, ciertamente, tal era su aspecto fantasmal en el atardecer. La luz del crepúsculo, al caer sobre las viejas cúpulas de piedra, carcomidas por el tiempo, producía bellas tonalidades azuladas en las ruinas de lo que fuera alguna vez una ciudad amurallada, quizá una bellísima urbe de remotos tiempos, en pleno esplendor de la civilización oriental.

Ahora, todo aquello no era sino pura erosión de la intemperie, los años y la vecindad selvática, como en un viejo romance de Kipling. Aves tropicales de bellísimo colorido sobrevolaban las ruinas cuando ellos las vislumbraron. Por entre las rendijas de las piedras azules, escapaban lagartijas, *kumbangs* de increíble tamaño, *kutus* medrosos pero temibles, y toda clase de insectos y alimañas selváticas.

—Miren... —señaló la voz ronca del doctor Huan Dhei—. Ahí, en el acceso a esa vieja ciudad... hay un texto grabado en la piedra, bajo esos rostros de

dragones...

Era cierto. Una especie de semiderruido arco, mostraba unos caracteres, que leyeron al unísono Kwan Shang y el médico laosiano:

—*Selamat datang* —recitaron. Y Kwan añadió la traducción en inglés—: «Bienvenido seas.» Es antigua lengua malaya, Frank. En su tiempo, evidentemente, los habitantes de esta ciudad fueron hospitalarios.

—No diría yo lo mismo de los actuales —comentó el doctor Dhei—. Esos malditos *kutus* serían capaces de devorarnos al menor descuido. Deben anidar millones de ellos en esas ruinas. En cuanto a ese embalse que forma el agua ante las viejas murallas, seguro que es un nido de esos grandes peces que infestan el río, los *pa-benk,* capaces de comerse a un buceador aturdido en escaso tiempo o, cuando menos, causarle serias mordeduras.

—La muerte parece ser la única moradora de esa vieja urbe —comentó Lori Carter, estremecida, aproximándose instintivamente a Frank Cole, lo cual provocó un fruncimiento de ceño en Lena Tiger, que caminaba algo más atrás, junto a Kwan Shang.

—Quizá eso sea cierto, mi joven amiga —suspiró el médico laosiano, con acento sombrío—. En el fondo, la muerte está siempre presente en Asia, aun en los más hermosos rincones de su geografía. ¿Qué piensa hacer, señor Hammond? ¿Explorar esas ruinas?

—Si son peligrosas, ¿por qué habría de hacerlo? No creo que la pagoda del dios Assar esté ahí dentro. Dicen los creyentes que es una pagoda maldita, aisladay solitaria, perdida en algún confín de la selva, no dentro de una ciudad.

— Existe una posible razón —señaló el doctor Huan Dhei—. Se dice en la tradición de este país que todo lugar edificado con piedras azules, adoró en un tiempo al dios Assar, Señor de la Muerte y la Destrucción. Esta vieja ciudad puede ser una de las que tuvieron por deidad a Assar Thanakhek. Sus piedras azules así lo proclaman.

—Y, en tal caso, quizá Karin Wallace entro ahí, en busca de algún nuevo rastro, de un recuerdo... —Cole hizo un gesto con la cabeza— Sí, puede ser. ¿Será prudente visitarla por la noche?

—¿Por qué no? —sugirió Hammond—. Peor que la propia júnala, no va a ser. Con fogatas, ahuyentaremos a toda clase de alimañas. Montaremos las tiendas herméticas, y dormiremos en sacos especiales, para que los insectos peligrosos no lleguen a nosotros. Y se montará guardia. Seguro que, con eso, estaremos a salvo de cualquier posible nesgo. Las ruinas y los que en ella moraron, aunque sus espíritus anden por aquí, no pueden causarnos daño alguno.

—Creo que él tiene razón —apoyó Ned Keliy con energía—. Debemos pernoctar dentro de esa vieja ciudad olvidada. Será lo mejor.

—Tal vez tengan razón, o tal vez no—se encogió de hombros el médico laosiano—. Pero les recomiendo que se froten bien la piel con repelentes para insectos de los que utilizan las guerrillas hoy en día. Ninguna precaución

estará de más.

Se había llegado a una decisión casi unánime. Los expedicionarios atravesaron las derruidas murallas, salpicadas de boquetes, y se adentraron en una fantástica, silenciosa y desierta ciudad azul, a la que la penumbra de la tarde prestaba aún tonalidades de azules más variados y sorprendentes. Los bajorrelieves abundaban, y en muchos muros descubrieron imágenes de una espantosa deidad que no les resultó nada desconocida.

—¿La vieron? —jadeó Steve Hammond, parándose ame una de las imágenes talladas en los muros de piedra azul, y señalándola con energía—. Es la misma efigie. ¡El dios Assar! Usted tuvo razón, doctor Dhei. Esta fue una ciudad de culto a ese dios.

—Fue algo más que eso, Hammond —dijo Kwan Shang, mostrándole otro bajorrelieve—. Mire aquí. Esta ciudad, según dice este grabado, fue la antigua Sen Yahk, donde nació y murió el dios Assar. Una ciudad maldita que se destruyó al morir él, y ocultó a ojos de los humanos los fabulosos tesoros de los dioses de la Muerte. Añade el grabado, en antigua lengua malaya, que los mismos muertos protegen en estas ruinas la eterna seguridad del tesoro, que jamás caerá en manos extrañas ni perversas...

—Los muertos protegen... —repitió Hammond, con un escalofrío, mirando inquieto, en torno, a las mil y una sombras misteriosas que el anochecer extendía por las viejas avenidas de grandes losas de piedras azules, ahora salpicadas de matorrales, arbustos y enredaderas frondosas—. Cielos, es como si...

—¿Qué...? —demandó Lori Carter con un hilo de voz.

—No, nada —rechazó Hammond, ceñudo—. No tiene importancia. Sólo era simple imaginación...

—Quizá no, Hammond —dijo lentamente Cole—. ¿No iba a decir que era como si... como si alguien nos estuviera vigilando ahora, aunque no se ve a nadie en derredor?

Steve Hammond, el frío y sereno hombre de la televisión americana, se limitó a mover afirmativamente la cabeza, con una expresión inquieta en su rostro preocupado.

Los demás, apiñados, dirigieron en torno aprensivas miradas, pero nada descubrieron. Las ruinas seguían silenciosas y desiertas en torno suyo.

Pero Frank Cole sabía que esa impresión era falsa. *Algo,* que quizá ni siquiera era de este mundo, parecía flotar ominosamente dentro de la Ciudad de las Cúpulas Azules.

Capítulo VII

LOS MUERTOS VIGILAN

Frank Cele levantó la cabeza. Sus ojos acerados taladraron la oscuridad, más allá de la luz de las fogatas encendidas en medio de la senda de piedras azules.

Las ruinas, en torno a ellos, formaban como dentadas y extrañas formas carcomidas, que alguna vez fueron bellísimos edificios de una ciudad esplendorosa. En la oscura noche, apenas iluminada por un trozo de luna oculto por espesos nubarrones que presagiaban lluvia, mientras un aire húmedo agitaba con fantasmales crujidos la lujuriosa fronda de la selva circundante, eran como pétreos vigilantes que durmiesen un eterno y rígido sueño vigilante, para guardar los míticos y quizá inexistentes tesoros de la olvidada ciudad de Sen Yahk, inundo del siniestro dios Assar.

Pero no eran esas milenarias piedras azules las que inquietaban a Cole en estos momentos. Era algo más. Algo diferente y mucho más oscuro y siniestro, quizá. Ni siquiera había llegado a dormirse, como los demás. Aquella constante impresión de sentirse vigilado por algo que no era de este mundo, se hacía más y más latente dentro de él. Tras la frugal cena, se habían acostado, con todas las precauciones posibles para protegerse de insectos y alimañas peligrosos, y la primera guardia correspondía, precisamente a Kwan Shang que, rifle en mano —el rifle, contra su voluntad, le había exigido Hammond que lo llevase—, paseaba ante las dos fogatas.

Cole se irguió, saliendo de su saco de dormir y alzando el toldo anti insectos, para ponerse en pie y caminar por el exterior. Kwan le miró, sorprendido.

—Se supone que no debes salir del campamento por ninguna razón, Frank —le dijo.

—Lo siento, Kwan. Debo hacerlo. Bajo mi total responsabilidad.

—¡Claro! —Kwan sonrió—. Hammond no es el general en jefe. Creo que cuando tú resuelves hacer algo, lo haces. Y es por alguna razón de peso.

—Lo es, Kwan. Debo explorar por esas ruinas. Es algo que intuyo...

—¿Qué, exactamente? —se interesó su amigo.

—Si lo supiera... Pero me preocupa. Creo que todos corremos grave peligro, si seguimos descansando aquí apaciblemente. En esa ciudad ocurre algo y no sé lo que es. Creo que debo averiguarlo.

—Si es un peligro serio, podría resultar muy arriesgado que tú solo...

—Deja que vaya. Si te llamo, acude y llama a los demás. Significaría que mis temores eran ciertos. Y Dios quiera que no lo sean.

Tras decir esto, palmeó afectuosamente el hombro de Kwan, y se alejó, agazapado, en las sombras de la noche. El campamento todo parecía dormir, pero Kwan Shang sabía que no era así. Miró a la sombra furtiva, elástica y sigilosa, que se incorporaba y venía hacia él, desde una de las tiendas. Las

miradas se encontraron en la sombra azul.

—¿Era Frank? —sonó la voz apagada de mujer.

—Sí, Lena —asintió Kwan, en igual tono—. Teme algo. Fue a investigar.

—No debería ir solo. Yo le seguiré...

—No. Te prohíbo que abandones el campamento. Es una idea de Frank. Desea comprobarla personalmente. Sólo iremos si nos llama de alguna forma.

—¿Y si ese *algo* o *alguien* que uno presiente que existe aquí, ataca de súbito y no le da tiempo a Frank de llamarnos? —temió la bella mulata.

—Sólo si pasa un tiempo prudencial sin noticias de Frank, haríamos algo. Ahora, vuelva a tu lecho, Lena. Es mejor así, créeme. Frank siempre sabe lo que se hace.

—Pero ahora, ni siquiera sabe a qué se enfrenta... —fue el comentario preocupado de Lena, retirándose de mala gana a su propia tienda individual.

Frank Cole, mientras tanto, se enfrentaba a ese *qué,* a ese *algo* que tanto le había inquietado á. él y alarmado a Lena Tiger.

Y, ciertamente, fue de una naturaleza tan increíble que, por vez primera, Frank Cole supo lo que era ser derrotado por alguien que era más fuerte que él.

* * *

Aquella ancha grieta en el viejo templo azul, medio derruido, al final de una amplia plataforma de grandes losas azules, le había atraído desde un principio. Quizá por ello lo dejó para el final de su registro minucioso de los alrededores.

Cuando llegó a ella, Frank Cole estaba seguro de encontrar algo. Era como una premonición profunda, fija, obsesiva casi. Estaba convencido de que, de haber sido algo lógico y normal, él no hubiese llegado a experimentar tales ideas.

¿Qué era lo que podía ocultarse en aquella antigua pagoda en ruinas, en la ciudad azul del dios de la Muerte y la Destrucción?

Se aventuró, encendiendo su linterna para alumbrarse en las tinieblas. El haz de luz se proyectó sobre muros de viejas piedras agrietadas, polvorientas, en cuyos rincones se descubrían telarañas y gigantescos arácnidos deslizándose sobre sus hilos, velozmente, para ocultarse en sus oscuros recovecos.

Descendió Cole unos gastados peldaños, hacia una especie de enorme cripta de alta bóveda que, tal vez en alguna ocasión, allá en un remoto pasado, sirvió para ceremonias y rituales. Una gran piedra circular, ante un altar sin imagen alguna, revelaba posiblemente un altar de siniestros sacrificios, ya que la piedra azul mostraba una amplia y oscura mancha indefinible, de años y años de vejez, que quizá correspondía a sangre Humana derramada por monstruosas ceremonias esotéricas.

Pero todo aquello, con ser inquietante y torvo, no creyó que resultara tan

temible, tan ominoso y extraño como lo que su instinto le decía que se albergaba allí dentro.

Y. ciertamente, no tardó en confirmarse todo ello. Y aun con creces.

Fue cuando un leve chirrido, allá en el fondo de la sombría caverna, puso una nota de estremecedora incertidumbre en los dramáticos momentos que Frank Cole estaba intuyendo que se avecinaban. Y que ahora, al fin, ya estaban allí. Ante él.

Lo supo, aun antes de girar la cabeza hacia el fondo de la sombría cripta olvidada. Y cuando se encaró a la rojiza luz que una repentina antorcha despedía, al emerger de los fondos de tinieblas polvorientas, casi no se sintió sorprendido, pese a que el ser que se enfrentaba a él en estos momentos distaba mucho de ser normal o previsible.

Le vio avanzar hacia él, tras depositar la antorcha llameante en una argolla del muro azul. La claridad espectral hacía aún más fantástica e inhumana la figura en movimiento, como un espectro surgido de las tinieblas de la Muerte, para defender con sus solas fuerzas la solitaria grandeza y hermetismo de la Ciudad de las Cúpulas Azules.

Una figura altísima, delgada, como un esqueleto recubierto de huesos, de mirada ardiente, trémula expresión, rostro consumido, pómulos acentuados, ojos de almendra y enormes manos huesudas. Un oriental apergaminado, viejo, muy viejo...

Pero extraña, singularmente vital. Casi poderoso, pese a su apariencia de fantasma viviente. Y cubierto de un ropaje increíble. Un ropaje de oro puro, centelleante, que le envolvía todo el cuerpo. Las manos, igualmente doradas... pero metálicas, como envueltas en manoplas o guanteletes de la Edad Media, de oro articulado, amoldado a dedos interminables, engarriados...

—Soy el Espíritu de Sen Yahk, la ciudad maldita que el dios Assar dejó asolada en otros tiempos... —dijo una voz profunda, cavernosa, extendiéndose por todo el recinto como un vivo eco de ultratumba—. Y quien aquí penetra para apoderarse de las riquezas dejadas en custodia, ¡morirá! Es sentencia de los dioses que protegen la ciudad, después de la maldición...

Cole pestañeó. Si las leyendas eran ciertas, el ser aquel tenía cientos de años. Pero era imposible calcular su verdadera edad. Totalmente imposible.

—Escucha, anciano —respondió con firmeza Cole—. Yo no vengo a apoderarme de nada que no sea mío. Las riquezas que fueron depositadas aquí nada me importan.

—Mientes —le replicó el fantasmal aparecido de ropajes de oro—. Todos los extranjeros vienen por eso. El dios Assar ha vuelto a la vida. El exterminará a los que no son de estas tierras, según dice la leyenda. Pero es mentira. El dios Assar ha sido siempre el mal. El destruyó la vida y la paz en nuestro mundo. Sólo estas riquezas y esta ciudad resistirán siempre a la fuerza maléfica del Ídolo Azul.

—Pero él fue vuestro. Suya fue esta ciudad. Aquí nació *y* murió —dijo Cole, tratando de estudiar a su interlocutor, que seguía moviéndose, cauto y

amenazador, hacia él—. Tus palabras, por lo tanto, no tienen sentido, noble anciano.

—Miente la leyenda. El nació aquí, y aquí creció con su maldad. Fue expulsado de Sen Yahk, y volvió para destruirla, cuando se creyó un elegido de los dioses, y se hizo dios él mismo. Pero pasaron siglos desde eso... El murió, al intentar destruir totalmente esta hermosa ciudad azul. Y sus fieles le hicieron su deidad, para buscar la venganza, el odio y la destrucción que siguieron a su muerte, como herencia maldita.

—Entonces, anciano, no me consideres enemigo. Yo busco a alguien que asegura haber visto con vida a Assar, destruyendo y matando de nuevo...

—Lo dicen otras personas, y parece cierto —sentenció el viejo personaje, amargamente—. El Ídolo Azul ha vuelto a la vida. El terror impera en nuestras tierras. La gente huye del Norte, donde el dios de la Muerte y la Destrucción vuelve a bañar de sangre la tierra... ¡Pero tú has venido para robar el tesoro que haría más crueles y malvados a los hombres y, por ello, dice mi ley que debes morir!

Emitió un aullido extraño, inhumano... y el anciano que parecía rozar los cien años, si es que no tenía más, se lanzó sobre él con la agilidad y fiereza de un ser joven y violento, dispuesto a todo por defender aquello que guardaba.

Cole, rápido, disparó sus miembros con agilidad, intentando dar caza al adversario a quien imaginaba forzosamente débil, enfermizo y cansado, con dos impactos de sus brazos y piernas. Pero fallaron estrepitosamente su *Mae-Geri-Jodan* y su *Uchi-Ude-Uke,* encontrando el vacío en sus golpes... ¡para verse luego volteado y lanzado contra los muros de piedra por unas poderosas, increíbles manos enfundadas en metal dorado!

Chocó con las piedras, atónito, preguntándose qué extraña e indomable energía podía conservar aún aquel cuerpo consumido por los años y la espera, pero tuvo que dar de lado a sus pensamientos, porque el anciano volvió a la carga, con un alarido que si no era un rotundo ¡kiai!, sí lo recordaba mucho, y con una técnica y agilidad propias de un niño, eludió sus potentes golpes, ahora lanzados sin contemplaciones para, a su vez, proyectar sobre Frank Cole sus piernas y brazos flaquísimos, en dos golpes certeros, precisos, demoledores, que hubiesen podido abatir a otro luchador menos hábil y poderoso que Cole.

Pese a ello, salió tambaleante del choque, trató de repeler un nuevo ataque, y fracasó, sintiéndose martilleado, vapuleado increíblemente por aquel ser asombroso cuyos impactos de los dorados puños, lograron finalmente arrojarle contra las polvorientas baldosas azules de la cripta. Antes de que Cole lograra levantarse, pese a su agilidad de felino, ya tenía encima al anciano, en una especie de fulgurante *Tobi-Keri,* o salto adelante con proyección de ambos pies. Sintióse machacado, vapuleado terriblemente, y comprendió, con estupor casi infinito, que el milagro increíble se había producido.

¡El anciano le había vencido totalmente!

Antes de que pudiera reaccionar, sonó un grito ronco en la entrada a la

cripta. La voz inconfundible de Lena Tiger, avisó:

—¡Mira, Kwan! ¡Han vencido a Frank! ¡No es posible! ¡Y sólo lucha ese anciano...!

Kwan Shang, rápido, sin la menor vacilación, se precipitó, con una posición nítida de kung-fu, hacia el enemigo de aspecto cadavérico y ropajes de oro. Por segunda vez, el asombro dominó al dolorido y abatido Cole, ¡Kwan Shang vio fallar sus golpes y luego fue lanzado violentamente contra un muro, donde, antes de recuperarse, recibió un alud de golpes que dieron con él en tierra!

Kwan Shang también había sido vencido en menos de tres segundos.

Lena Tiger emitió un agudo y estridente grito, lanzándose como una furia sobre el anciano:

—¡KIAI!

Cuando ella hacía algo así, virtualmente el adversario era víctima segura. Pero esta vez no ocurrió eso. Su formidable impulso de técnico de tae-kwon-do, fue un fracaso total. Cazada en el aire por las manos de oro del anciano, éste la apresó fácilmente, presionó sus centros nerviosos... y la redujo a la nada.

Paralizada, incapaz de moverse, Lena Tiger fue como un hermoso pelele color canela, en los brazos huesudos del anciano. La voz de éste amenazó a los dos budokas:

—Cuidado. No intenten seguir luchando. Ella es mujer y la respeto. Pero con una leve presión, puedo matarla. Son más poderosos de lo que imaginé. Pero no son nada para mí. Están vencidos. Yo, el Guardián de Sen Yahk, soy invencible. El Espíritu no puede perder. No me obliguen a matar a esta mujer. Y váyanse de aquí para siempre. Ustedes y todos los demás.

—Está bien, no le haga daño —jadeó Cole roncamente. No necesita insistir. Nos vamos. Pero nunca vinimos a robar aquí nada.

—Mienten. Todos son ladrones, expoliadores. Todo ser humano es ambicioso, cruel.

—Nosotros no, Pero no intentamos convencerle de nada. Suelte a esa mujer. Ya nos vamos. Es cierto lo que dijo. Nos ha vencido. Usted es el mejor luchador que jamás vi.

—Todos los Guardianes lo somos. Desde hace siglos —dijo el anciano con orgullo—. Es algo heredado de padres a hijos. Así se conservó siempre la ciudad. Pero yo no tengo compañera ni hijos. Conmigo debe morir esta ciudad, ser destruido su tesoro. Es la ley.

—Haga lo que quiera. Si sabe cómo destruirlo es cosa suya. Nos vamos ya.

—Frank... —gimió Kwan—. Hemos sido vencidos... por vez primera.

—Así es —asintió Cole, sereno, incorporándose con una tos seca—. ¿Y qué? La vida es una lucha constante. No podemos vencer siempre. Hay que respetar al mejor. Y ese anciano lo ha sido. Vamos ya, Kwan.

Era la primera derrota de los Tres Dragones de Oro. Kwan Shang inclinó la cabeza, aún asombrado. Los dos se encaminaron a la salida. El anciano, con

ojos astutos, los observó sin soltar a Lena Tiger un solo instante. Ella era como una estatua insensible.

En aquel instante, aparecieron luces en la entrada a la cripta azul. Eran Steve Hammond, Dan Kelly, el doctor Huan Dhei, Lori Carter...

—¿Qué ocurre aquí? —clamó Hammond, violento—. ¡Suelte a esa mujer, estúpido viejo! ¡Hágalo o le cosemos a balazos!

Los rifles apuntaban al Guardián de la Ciudad de las Cúpulas Azules. Cole avisó con voz potente, autoritaria:

—¡Alto todos! ¡Al primero que dispare sobre ese anciano, le acusaré de asesinato ante la ley de Thailandia! ¡No hagan nada! Él es noble, no hace daño a nadie que no le ataque... y defiende los sagrados derechos de su ciudad.

—¡Al diablo con eso! —refunfuñó ásperamente el doctor Dhei, alzando su arma contra el anciano—. ¡Ese hombre parece el diablo en persona, Cole!

Iba a disparar, sin duda alguna. Frank Cole, rápido, tomó un trozo de piedra azul, desprendida de un muro, que yacía a sus pies. Como si fuese un *shuriken,* o pieza de metal incisivo que se utiliza como arma arrojadiza en ciertas Artes Marciales, esa piedra voló rectamente de sus manos, con potencia increíble... y el rifle voló de las manos aceitunadas del médico laosiano, cuando éste intentaba matar al viejo Guardián.

El arma se disparó, pero ya estaba lejos de las manos de su dueño, describiendo una parábola en la cripta.

El anciano soltó a Lena, a quien activó de nuevo sus centros nerviosos, devolviéndole el movimiento y la sensibilidad, y gritó agudamente, señalando al doctor Huan Dhei:

—¡Ese hombre! ¡Maldito! ¡Él es el supremo sacerdote del dios Assar! ¡Ese hombre es Kota Thammat, el fanático fundador de la secta de los Señores de la Muerte! ¡Lo sé, le he visto antes de ahora, y le vencí ya una vez, como a vosotros, cuando vino para robar los tesoros de esta ciudad y usarlos para su maldita causa asesina!

Todos se quedaron atónitos. Dan Kelly trató de sujetar al doctor Dhei, pero éste, con gran rapidez, reaccionó, extrayendo un corto puñal de entre sus ropas, y lo clavó brutalmente en el pecho del explorador, que retrocedió con ojos desorbitados, bañado en sangre. Al mismo tiempo, el supuesto médico laosiano derribó a Hammond de un golpe brutal, apartó a Lori violentamente, y desapareció en el exterior, emitiendo un ronco grito de cólera, dirigido al anciano Guardián:

—¡Maldito viejo estúpido, volveré una vez más, para que todo sea mío, y Asia entera se levante contra los invasores y traidores, y yo la gobierne con mi invencible ídolo que mata! ¡Y vosotros todos, junto con Frank Cole, moriréis en estas junglas!

Soltó una agria carcajada y se perdió en el exterior, corriendo desesperadamente entre los edificios ruinosos de piedras azules, bajo una noche torva, oscura y presagiando lluvia.

—¡Alto! —llamó—. Esperad... Ahora sé que puedo confiar en vosotros, puesto que sois enemigos de Kota Thammat y su monstruosa secta del odio y la muerte... Os ruego que aguardéis. Dejad que él escape. Lo encontraréis fácilmente, porque imagino a donde va y lo que pretende. Ahora, precisamente ahora, sé ya cuál es mi destino...

—¿Cuál, noble anciano? —preguntó Cole, mirándole sorprendido, con el rostro tenso y los ojos brillantes.

—Mi destino sois... vosotros. Perdonad si luchamos como enemigos. Ahora sé que puedo confiaros mi última voluntad.

—¿Cuál, anciano? —quiso saber Cole.

—Mi herencia... y mi entierro. Ha llegado mi final —fueron las sordas palabras del viejo Guardián.

Y repentinamente, como si le fallaran las fuerzas, cayó sentado sobre las losas azules, mientras Kwan Shang, que examinaba al sangrante Kelly, meneaba negativamente la cabeza, dando a entender que había muerto. Lori Carter sollozaba roncamente, tratando de reanimar al inconsciente Hammond.

Frank Cole miró largamente al anciano. Este sonreía, pero su rostro se veía ahora más macilento y triste que nunca.

—Sí, amigos —dijo—. Sé que es el fin. Lo estaba esperando, y tenía que llegar. Ya cumplí mi tarea. Ahora, cumplid vosotros la vuestra. Juradme que lo haréis, para que yo muera tranquilo...

—Y... ¿cuál será esa tarea?

—Sepultarme en estas ruinas amadas... pero no antes de haber destruido, para siempre, el tesoro de la ciudad de Sen Yahk...

Capítulo VIII

FRENTE AL COLOSO AZUL

—El tesoro de Sen Yahk...

—Sí. Ahí lo tienes, extranjero. Fabuloso, ¿no es cierto...?

Frank Cole no supo qué responder. Era tan increíble verse en aquella cámara subterránea, repleta de inmensos montones de oro en monedas y piezas, de grandes cetros, coronas y piezas de igual precioso metal, cuajadas de pedrería riquísima, resplandecientes de color y de luz a la claridad de su lámpara eléctrica, que el estupor le paralizaba incluso la voz.

Finalmente, logró articular, tras mover con el pie un montículo ingente de objetos de oro, plata, rubíes, diamantes y toda clase de piedras preciosas.

—Es fantástico. La más grande fortuna jamás imaginada...

—Debe ser apartado de manos humanas. Es lo que se me ordenó. Debo cumplirlo hasta el fin, o quedaría deshonrado. ¿Crees que vacilará tu firmeza? ¿Puedes colaborar en su destrucción para que nadie las toquejamás?

—¿Por qué no? —Frank sacudió la cabeza—. Podría servir para aliviar muchos males. Pero lo más normal es que sirviera para saciar ambiciones, codicia, afanes de poder, y desencadenarse guerras. Es lo que acostumbra a ocurrir.

—Hablaste con buen juicio. Pero tú mismo puedes ser ambicioso... —dijo el anciano, mirándole fijamente.

—No, no lo soy. Si te doy mi palabra, ten por seguro que esto será destruido. Podría ser tu propia tumba. Tu espíritu, tu cuerpo, guardaría estas riquezas, si es que realmente estás cansado de vivir.

—Lo estoy, extranjero. Son más de cien años aquí. No, no soy inmortal. Ni soy un ser extraterreno. Sólo un hombre que heredó una misión. Se transmitió de padres a hijos. Ese fanático de Kota Thammat pretende esta fortuna para sus siniestros fines. La religión es una mentira para sus objetivos, una máscara para sus propósitos de poder, de exterminio, de dominio de todo... Pero algo ha logrado. El ídolo vive. Y mata. Eso es evidente...

—Imposible, anciano. Una estatua de piedra no cobra vida.

—Pues ha ocurrido. No sé cómo, pero ocurrió. He captado rumores. He oído a viajeros que pasaron cerca de estas ruinas sin imaginar lo que aquí había, asustados ante todo lo que fuesen piedras azules... Hablaban de ese ídolo que vive, que se mueve de sitio en sitio... Un coloso de piedra azul que

aplasta a los seres vivientes bajo sus pies devastadores... Un monstruo, una deidad dotada de vida... El, Kota Thammat, nunca debe alcanzar estas riquezas. Si tú las deseas... puedes robármelas al morir yo, a menos que cumplas mis deseos. Sé que el ser humano miente, es falso...

—Yo, no —dijo, escueto, Frank Cole—. Te he prometido concluir tu obra. Pero ¿cómo aniquilar para siempre este caudal de oro y pedrería?

—Yo te diré la forma. Ven conmigo, extranjero... y que los dioses te ayuden en todo, si cumples lo que has dicho. Y sé que lo harás. En tus ojos hay nobleza. No he visto codicia en tu forma de mirar el oro.

—Yo tengo una fortuna. Y la uso en ayudar a los demás, ancianos —sonrió Cole tristemente—. ¿Cómo puedo ambicionar riquezas?

—Eres sabio, prudente y noble. Sígueme. Mi vida se extingue ya. Lo noto. Acabemos cuanto antes...

Frank Cole le siguió. Mientras caminaba tras él, se limitó a mencionar:

—Si estoy aquí no es por buscar tesoros. Sólo deseo encontrar a una hermosa muchacha enferma, que necesita cuidados médicos. Lo único que sé de ella... es que fue en busca de una supuesta pagoda azul... que tal vez nunca existió.

—La Pagoda Azul... —el viejo Guardián se detuvo en seco. Le miró con ojos llameantes—. Existe, sí. Y yo sé dónde está... Ahora sé cómo premiar tu honestidad, extranjero. A cambio de tu fidelidad y buena fe... sabrás dónde hallar la Pagoda Azul.

Y sin añadir más, majestuosamente, siguió adelante, siempre seguido por Frank Cole.

* * *

La explosión levantó una tremenda nube de polvo y humo sobre la ciudad, en un amanecer lluvioso, triste y húmedo. Los expedicionarios se miraron pensativamente entre sí. Steve Hammond exhaló un suspiro.

—Si tanta era la riqueza oculta ahí... ¿por qué destruirla, Cole?

Frank contempló los restos de uno de los edificios azules, envuelto por la nube de humo que se hacía más densa por momentos. Dedicó un recuerdo al anciano vestido de oro, el único ser en el mundo que venciera a los Tres Dragones. Y dijo:

—Era su deseo. Y él tenía derecho a elegir. Para eso esperó años y años, vigilante, fiel incansable... Descanse en paz, unido a sus tesoros, que ya guardará por la eternidad.

—¿Nadie podrá hallarlo nunca? —dudó Lori Carter.

—No lo creo. Toneladas de piedra cubren escondrijos y accesos. Y estará, sin duda, el espíritu del Guardián, para vigilarlo celosamente, aun después de muerto...

—¡Oh, Cole, usted creyendo en esas cosas...! —se irritó Hammond. Luego preguntó curiosamente—: ¿De dónde salieron los explosivos para volar todo

eso y aplastar el escondrijo del oro y los cadáveres de ese guardián y del pobre Kelly?

—Él tenía un viejo arsenal muy completo —sonrió Frank Cole, con mirada perdida en la lejanía—. Me lo mostró, y lo preparamos todo para el gran funeral. Era su deseo. Ya sabe cómo son los orientales. Había que cumplirlo, por encima de todo. Ahora, amigos... sigamos adelante.

—¿Hacia dónde, Cole? —quiso saber Lori Carter—. Hemos perdido a Kelly, al doctor Huan Dhei...

—No, no era solamente el doctor Huan Dhei, sino el propio Kota Thammat, el fanático cerebro de los Señores de la Muerte, adoradores del dios Assar. Lo que me sorprende es que insistiera ese anciano en que Kota ha logrado que el ídolo viva, que existe un asesino de tres metros... ¡y tallado en piedra azul! Un ídolo viviente y criminal...

—Eso es imposible. Ese viejo debía delirar, o el temático de Thammat dice mentiras como elefantes —protestó Hammond, perplejo.

—Ahí está lo más extraño. No era Kota Thammat quien lo dijo, sino la gente que huye aterrorizada del norte de la región... ¡Huyen de un coloso de tres metros que los aplasta con sus pies, y que es un ídolo de piedra azul que ha cobrado vida!

—Fantástico —suspiró Kwan Shang—. Oriente es tierra de cosas raras, pero no tanto.

—Veremos si es cierto, amigos —dijo Cole, emprendiendo la marcha, mientras el humo y el polvo se iban posando en la ciudad azul de Sen Yahk—. A estas horas, el propio Kota Thammat va huyendo hacia la Pagoda Azul, en pos de Karin Wallace. Y nosotros vamos a hacer lo mismo.

—Pero si no sabemos qué camino seguir, y él, sin duda lo sabe... —argumentó Lena Tiger, preocupada.

—No te preocupes... —sonrió Cole risueñamente—. Ahora, yo también lo sé. Fue el último favor que ese noble anciano me hizo antes de morir sepultado en esa ciudad azul...

Y resueltamente, se encaminó a través de la jungla.

* * *

Era como un éxodo.

Se encontraron con las hileras de asustados campesinos y pueblerinos, cargados con sus enseres, por los embarrados caminos de Thailandia que conducían hacia el sur.

Kwan Shang detuvo a uno de ellos, para preguntarle lo que sucedía.

—Espera, buen hombre —habló en thailandés—. ¿De qué huyen? ¿Acaso una incursión de los guerrilleros?

—No, no. No es la guerra, señor —le respondió, amedrentado, el hombre, mirando hacia atrás y empujando a su mujer e hijos para que siguieran el camino hacia el sur—. Es algo peor, mucho peor...

—Pero ¿de qué se trata? —se interesó Kwan, insistente.

—Es horrible... Horrible... Ei dios Assar... El Ídolo que Vive y Mata... —tembló haciendo gestos de terror y siguieron adelante sin añadir más.

Una mujer que seguía, cargada con numerosos bultos en un carromato, añadió con voces plañideras:

—¡El Ídolo viene detrás! ¡Lo va arrasando todo! ¡Es algo horrible! ¡Los dioses nos castigan! ¡Esa estatua de piedra todo lo aniquila...! ¡Estamos malditos! ¡Nos destruirá a todos...!

Kwan y los demás dejaron que siguieran, sin hacer nuevas preguntas. El joven chino cambió una mirada de perplejidad con sus compañeros.

—Ya lo oyeron —dijo roncamente—. Existe una estatua viviente... Una estatua que mata. Toda esa gente no puede engañarse...

—¡Pero es ridículo...! —protestó vivamente Hammond—. ¡Eso no puede suceder!

—Lo sé. Pero está ocurriendo. Si no, ¿de qué huyen estas gentes, señor Hammond?

El reportero de la televisión meneó la cabeza, estupefacto, se encerró en un hosco mutismo. Lori Carter, muy pálida, se agarró al brazo de Lena Tiger ahora.

—Lena, por el amor de Dios —gimió—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

La mulata fue sincera en su respuesta:

—No lo sé, querida. He visto muchas cosas raras en mi vida, pero ésta es la más inconcebible de todas ellas. No sabría qué decirle...

—Vamos —dijo Cole, enérgico—. Sigamos viaje, si queremos evitar que Karin Wallace se encuentre con ese monstruo en su camino.

—Pero ¿usted cree en semejante historia, Cole...? —protestó vivamente Hammond, con gesto de estupor.

—Me veo obligado a creer, cuando todo el mundo afirma haber visto lo mismo —dijo escuetamente el joven budoka.

—¿Y qué explicación razonable le da usted a eso? —Ninguna. Pero forzosamente ha de tenerla, Hammond.

—¿Será prudente ir hacia el mismo lugar de donde esa gente huye en desbandada? —preguntó Lori Carter, preocupada.

—Mi querida jovencita, usted eligió este viaje para sus crónicas periodísticas —dijo Cole con ironía—. Ahora debe seguir con nosotros... o volverse hacia el sur con esa caravana de fugitivos. Elija, pero pronto. Mi objetivo es dar con Karin Wallace y no pienso desertar.

—Tampoco yo —apoyó con energía Hammond—. Este puede ser el mayor reportaje de todos los tiempos. Cole. Mi obra maestra. Más increíble que el yeti del Himalaya o el monstruo del Lago Ness. Algo fuera de serie. Seguiremos, cueste lo que cueste.

—Entonces, no se hable más. ¡Adelante! —Cole consultó el rudimentario mapa que le había dibujado el Guardián de la Ciudad Azul antes de morir, y continuó la marcha, bajo la lluvia, ahora torrencial y constante, anegando los

caminos de Thailandia.

—Frank, ¿seguro que sabes lo que haces? —preguntó en voz baja Kwan Shang, poniéndose a su lado.

—Sí, Kwan. Si alguien podía indicarnos el camino a la Pagoda Azul, ese alguien era el viejo Guardián de las ruinas y el tesoro. No podemos tomar otra ruta. Karin conoce el punto adonde se dirige. Y tenemos que encontrarla. Ahora sabemos que no puede estar muy lejos de nosotros...

—Frank, me inquieta lo que se dice de ese monstruo. Sé que no puede existir una estatua viviente, pero...

—Piensas igual que yo —sonrió pensativo Cole, la mirada perdida en la cortina de lluvia que difuminaba los perfiles de la selva—. Pero tenemos que hallar a Karin. Y, de paso, resolver este enigma. Sea cual sea su solución, hay que encontrarla. Duele ver a esa gente huyendo, abandonando sus hogares. No lo harían, de no existir una poderosa razón para ello. Y si estamos destinando nuestra vida a ayudar a los demás, éste es el momento mejor para demostrarlo.

—Tienes razón, Frank —dijo Kwan—. Perdona si dudé en algún momento. Se hará lo que tú digas.

— Gracias —sonrió Cole—. Sigamos. No debemos perder tiempo...

Siguieron adelante. Todavía faltaba bastante por recorrer, y Frank lo sabía. Quizá por eso se sorprendió más cuando captó un grito agudo, al segundo día de marcha bajo la lluvia, no muy lejos de ellos, en el interior de la jungla.

Luego, algo hizo temblar el suelo de forma pavorosa, todos se miraron, sobrecogidos, como si en cualquier momento, de la espesura fuese a surgir un monstruo antediluviano o la propia efigie de Kíng Kong.

—¡Esa voz! —gritó Cole, excitado—.¡Es Karin Wallace!

El grito se repitió. La espesura se agitó ante ellos, y una figura trémula, empapada en agua, despeinada y con el gesto de más vivo terror que jamás viera Cole en persona alguna, emergió, tambaleante, por entre anchas hojarascas y tallos quebrados, sin cesar de gritar de forma casi histérica.

Era Karin Wallace.

Se volvió. Los miró, reconociendo fugazmente a Frank Cole, como el visitante que tuvo en el hospital de Bangkok.

—¡Allí! —chilló, señalando, despavorida, hacia el interior de la jungla—. ¡Viene hacia aquí! ¡Es imposible detenerle! ¡Era cierto, todo era cierto, yo no estaba loca!

—Karin, cálmese —dijo Frank, avanzando resuelto hacia ella—. Hemos venido para ayudarla. Ahora la creemos. Nadie la va a tratar como a una loca, nunca más. ¿Qué es lo que viene por ahí exactamente?

—Esa... esa horrible cosa... Ese ser monstruoso y terrible... ¡La estatua de la Pagoda Azul! ¡El Ídolo que Vive!

Atónito, Frank Cole clavó sus ojos en la espesa jungla, mientras tomaba a Karin contra sí, protegiéndola del peligro que parecía venírseles encima, haciendo temblar el suelo a su paso.

Todos esperaban una horrenda aparición. Algo fuera de este mundo.

Aun así, lo que surgió ante ellos, destrozando la maleza como si fuese de papel, fue infinitamente más espantoso e increíble de lo que todos imaginaban.

Karin se parapetó contra Frank Cole, exhalando un alarido de pavor. Los ojos incrédulos del joven budoka se clavaron en aquella monstruosa figura que, como un coloso de otro mundo, emergía a través de la selva, triturándolo todo a su paso.

Era un gigante de más de tres metros de altura. Un gigante de piedra azul, bajo cuyas pisadas pétreas y devastadoras, todo quedaba triturado, aplastado. El rostro más feo y aterrador que pudieran imaginar, se encaró a ellos, con maligna mirada.

—¡Es la estatua! —aulló Hammond, sintiendo erizarse sus cabellos—. ¡Todos tenían razón! ¡Es la propia estatua del dios Assar! ¡Y tiene vida propia...!

Silencioso e inexorable, el terrorífico monstruo de piedra siguió moviéndose hacia ellos, en absoluto silencio.

El Ídolo Viviente iba a aplastarles a todos bajo su enorme mole.

Capítulo IX

LA VERDAD OCULTA

Por un momento, todo pareció perdido.

Ni siquiera Frank Cole, Lena Tiger o Kwan Shang podían hacer nada ante un coloso pétreo e inconmovible, cuya piel se adivinaba dura como la propia piedra azul de que parecía estar hecho.

Y, sin embargo, fue Frank Cole quien salvó la vida a todos ellos, con una rapidez fulminante, como si hubiera estado esperando todo el tiempo algo así.

Sus manos habían soltado a Karin, entregándola a Lena, para hundirse luego en sus ropas. Cuando emergieron, cada mano empuñaba un objeto de acero, que lanzó certeramente contra el rostro azul de la estatua viviente.

Eran dos *shuriken,* dos piezas de afiladísimo acero, arrojadizas, que los luchadores de Artes Marciales llegan a manejar con pericia sin igual, y pueden lanzar con potencia increíble.

Cole puso toda su voluntad en esa acción desesperada. Los *shuriken,* de forma de rueda o espuela, con púas afiladísimas de metal, se clavaron matemáticamente, uno en cada ojo del monstruo.

Este emitió algo parecido a un jadeo, un estertor entre sus labios apretados, y la colosal humanidad se agitó, mientras de sus ojos goteaba un humor denso, mezclado con sangre.

Cole había dejado ciego al monstruoso ser.

Luego, Hammond recuperó la capacidad de movimiento, la serenidad suficiente para hacer algo eficaz. Apenas vio que los *shuriken* se clavaban con precisión increíble en los globos oculares de la estatua, él apuntó con su rifle, sin perder un segundo, hacia la cabeza del ser terrorífico, que se agitaba rabioso, ciego, y que en cualquier momento podía caer sobre ellos, aplastándoles ciegamente con su mole.

Hammond hizo fuego. Una bala partió de su rifle. Luego, otra, otra, otra...

El cineasta americano de la TV había elegido por blanco el entrecejo del monstruo, pensando que, igual que los ojos, podía ser el punto más vulnerable de la aparente estatua azul.

Un ronco bramido sonó dentro del pecho del ídolo gigantesco, y éste empezó a oscilar violentamente, en tanto los orificios de las balas de Hammond formaban un ancho agujero negro, por el que sangre humana se empezó a deslizar copiosamente rostro abajo.

—¡No es una estatua! —gritó Lori Carter—. ¡Es un ser humano, después

de todo...!

—¡No, no! ¿Qué hacen? ¿Qué le hacen a mi pobre criatura, estúpidos, locos malditos? —aulló de súbito una voz en la espesura—. ¿Es que están locos? ¿Por qué le han matado?

Y un hombre demudado, trémulo, apareció tras del monstruo herido de muerte, contemplando con evidente odio a los presentes. Luego, la mole del gigante perdió la verticalidad y se desplomó... justamente sobre el que hablaba, a quien aplastó bajo su peso, justo cuando Karin Wallace, al reconocer al aparecido, gritaba su nombre con voz desgarrada:

—¡No, no es posible! ¡Padre mío...!

—¡Dios santo...! —jadeó Hammond, lívido—. Es cierto... Ese hombre... ¡ES EL DOCTOR WALLACE!

El padre de Karin agonizaba.

El peso de un gigante de más de tres metros y más de trescientos cincuenta kilos de peso, había aplastado su cuerpo. Sangraba por la nariz y los oídos, debatiéndose ya en las fronteras de la muerte.

—Karin... —le oyó balbucir Cole, al aproximarse—. Karin, hija mía... Él nunca te hubiera hecho daño a ti... Kualang sabía que debía respetarte...

—¿Kualang? —preguntó Cole, inclinándose sobre el médico moribundo—. ¿Quién es?

—El objeto de mis experimentos... Ese pobre diablo... Era un gran luchador, un hombre grande y pesado. Padecía el mal de estas selvas. Su piel se tornaba dura como la piedra... Traté de aplicarle mi vacuna... y demasiado tarde comprobé que mi vacuna no servía, porque al mismo tiempo que frenaba el endurecimiento de la epidermis, también hacía desarrollar terriblemente las células, agigantando a las personas tratadas con ella... Pero entonces, ese maldito Kota Thammat me capturó... y me obligó a que le ayudara a crear esta leyenda viviente... Con Kualang, el gigante, agigantado más aún por mi errónea vacuna, y con el mal que endurecía su piel, creamos un verdadero monstruo. Bastó pintarle de azul para que pareciese la estatua del templo, que puede ser escondida bajo tierra, por un sistema de poleas que hacen bajar la plataforma con el ídolo... Así lo hice, y el pobre Kualang fue volviéndose loco lentamente, aunque sólo yo era capaz de dominarle. No quise matarle, porque era mi obra, y podía revolucionar la ciencia con él como prueba, ya que destruí la fórmula de la vacuna... Ahora... todo ha terminado, hija. Karin, no debiste nunca... volver...

—Papá... ¿Por qué te prestaste a todo esto? —musitó ella.

—Kota Thammat me tenía en sus manos. No podía hacer nada. Tuve que obedecerle. Luego comprendí que me drogaba, que me mantenía bajo su dominio con estupefacientes, y traté de huir... Lo logré, pero el fiel Kualang se vino conmigo, sembrando el terror por todas partes. Para todos, él era una verdadera estatua, el Ídolo que Vive, como lo quería ese maldito fanático.

Perdóname, Karin... por el mal que te haya causado, por las muertes que provocó ese desdichado... Creo que todo fue... culpa mía...

Y exhaló un gemido, al tiempo que sus labios se cubrían de sangre. Cayó atrás, pesadamente, bajo el enorme cadáver de su creación monstruosa. Cole se irguió, en tanto Karin sollozaba.

—Creo que ya todo se resolvió —dijo cansadamente—. Enterraremos a ambos aquí... y será difícil que nadie crea nuestra historia.

—¿Y ese Kota Thammat, Frank? —preguntó Kwan.

—El será cazado, antes o después, por las fuerzas thailandesas. Sin su ídolo viviente, no logrará ya nada. Volverán a olvidarse de sus fanatismos, y ese mesiánico no logrará ver cumplido su objetivo de dominar Asia, que es lo que importa... Ahora cuiden, sobre todo, de Karin. Lo necesita. Y nosotros... volvamos a Bangkok. La pesadilla ha terminado.

Lentamente, en silencio, comenzaron a cavar una fosa amplia, para el doctor Wallace y para el monstruo que su ciencia creara por error.

Como dijera Cole, era el fin de la pesadilla. El regreso a la vida normal, dejando atrás una monstruosa experiencia.

FINAL

—De modo que te dejabas seducir por esa periodista, Lori Carter...

—Lena, siempre has sido un poco celosa —rió Frank de buen humor, asomado al balcón del hotel, sobre la bella vista de Bangkok—. En esta ocasión, creo que lo demostraste demasiado.

—¿Celosa yo? —murmuró la bella mulata, inclinándose hacia él con una suave risa—. Creo que te has vuelto un poco presuntuoso, Frank.

—Es posible. Entonces, te has vuelto gruñona, que es peor. ¿Por qué no me dejas tranquilo con otras chicas, si a ti no te importo en absoluto?

—¡Oh, Frank Cole, sabes demasiado bien que eso no es cierto! —estalló el natural impulsivo y ardiente de la hermosa mujer—. ¡Ven aquí dentro y te lo demostraré cumplidamente!

Frank no pudo resistirse a los tirones de Lena Tiger, que cerró el balcón y se precipitó sobre Cole como una pantera negra. Sólo que sus instintos en ese momento distaban mucho de ser agresivos.

Frank Cole, ante su dulce capacidad de persuasión, terminó por dejarse envolver en la telaraña de seda de sus caricias, y no tardó ella en demostrarle que sus celos tenían un buen motivo: estaba locamente enamorada de su compañero Frank Cole.

Y no dudaba en demostrárselo cumplidamente.

FIN